La ballena varada

Oscar Collazos

Ilustración de cubierta e interiores:
Daniel Rabanal

TITULO ORIGINAL:
LA BALLENA VARADA

©

Del texto: 1994, Oscar Collazos
1994, Editorial Santillana, S.A.

De esta edición:
ALFAGUARA

1994, Editorial Santillana S.A.
Calle 80 No. 10-23
Teléfono 6 35 12 00
Santafé de Bogotá - Colombia

• Santillana de Ediciones, S.A.
Avda. Arce 2333 entre calles Belisario Salinas
y Rosendo Gutiérrez, La Paz
• Editorial Santillana, S.A.
Eloy Alfaro 2277 y 6 de diciembre, Quito
• Santillana S.A.
Avda. San Felipe 731, Lima
• Editorial Santillana S.A.
Avda. Rómulo Gallegos, Sector Montecristo
Ed. Zulia piso 1, Caracas

I.S.B.N.: 958-24-0160-5
Impreso en Colombia

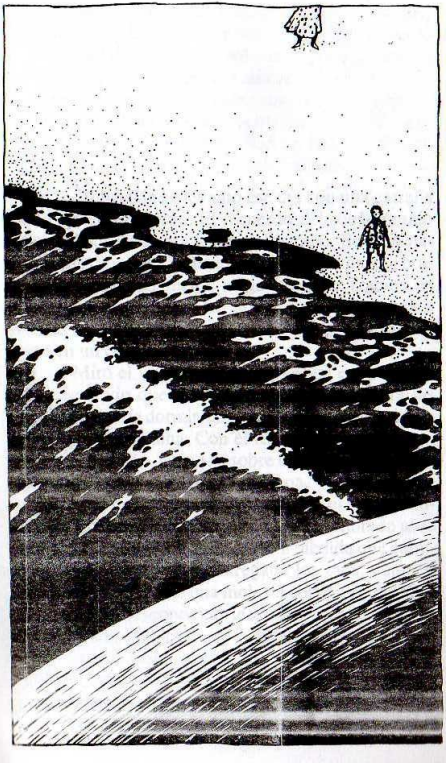
Primera edición, noviembre de 1994
Tercera reimpresión, noviembre de 1997

Una editorial del grupo **Santillana** que edita en:
España • Argentina • Bolivia • Colombia • Costa Rica • Chile
México • EE. UU. • Perú • Portugal • Puerto Rico • Venezuela
Uruguay • Guatemala • Ecuador • República Dominicana • El Salvador
Honduras • Panamá • Paraguay

Diseño de la colección:
JOSÉ CRESPO, ROSA MARÍN, JESÚS SANZ
Ilustración de cubierta e interiores:
JAIME CORTÉS

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo
ni en parte, ni registrada en, o transmitida
por, un sistema de recuperación de información,
en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico,
por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso
previo por escrito de la editorial.

Capítulo primero



I

Sebastián se levantó ese día con una extraña sensación en el cuerpo. El recuerdo del sueño tenido aquella madrugada era aún más extraño. Se veía nadando con dificultad en un estrecho río pantanoso, braceando desesperadamente hacia la orilla. Trataba de aferrarse a las raíces de un árbol, pero cuando creía tenerlas al alcance de sus manos, las raíces se alejaban como en un espejismo.

Miró el viejo reloj que reposaba en la mesita de noche y vio que faltaban cinco minutos para las seis. Ya no podría dormir, como era su costumbre, hasta las siete de la mañana. Con el temor de verse nuevamente en el sueño, nadando sobre una superficie gelatinosa, decidió levantarse de la cama. Y aunque tenía la impresión de haberse despertado con el cuerpo impregnado de fango, no se dedicó al acostumbrado aseo personal. La inquietud aumentaba a medida que caminaba por el cuarto y se restregaba los ojos, como si quisiera deshacerse de una molesta cortina de legañas.

Algo desconocido le estaba sucediendo. En días normales, Sebastián se bañaba y, mientras lo hacía, recordaba viejas canciones. A medida que las recordaba empezaba a tararearlas, hasta que conseguía que la melodía lo llevara a la exactitud de las palabras. Entonces cantaba con la voz infantil más hermosa de

Bahía. Cantaba, primero en voz baja, como si susurrara. Poco a poco, cuando creía que no haría el ridículo, levantaba el tono. Todo ser vivo que lo escuchara —pensaba— interrumpiría en aquellos momentos sus quehaceres para dedicarse a escuchar al niño que cantaba canciones que sólo los viejos recordaban.

Aquella mañana, sin embargo, no le vino a la memoria ninguna canción ni el retazo de melodía alguna. Tal era su inquietud, que ni siquiera deseó escaparse para tomar un baño debajo de las chorreras de agua cristalina que bajaban desde las montañas hacia la orilla del mar. Nada le hacía sentirse más limpio y libre que el baño debajo de una chorrera o bajo la tibieza de los aguaceros. El estruendo de la lluvia sobre los techos de cinc le parecía otra clase de música, muy distinta a la que creía oír cuando el mar se embravecía y él se dormía con la impresión de estar acompañado por la fuerza indomable de las marejadas.

II

Se vistió apresuradamente con un pantalón caqui y una camisa floreada, pero siguió sintiendo la inquietud, metida en su cuerpo y su conciencia. Algo distinto al sueño debía de ser la causa de su estado, algo que nunca antes había sentido en sus pocos años de vida.

Salió al corredor delantero de la casa y detuvo la mirada en el horizonte, pero sentía ante sus ojos una espesa telaraña que le impedía identificar a las embarcaciones que navegaban en la bahía. Sólo alcanzó a entrever el bote de su padre por los colores vivos que lo adornaban. "Se que ese es el bote por los colores —se repitió—. Si no lo conociera, no podría distinguirlo".

La barca, pintada la semana anterior, navegaba por el costado izquierdo de la bahía. Sebastián sabía que aquel era el lugar preferido por su padre porque las aguas eran allí más profundas y la pesca más abundante. Para un pescador aficionado como don Carlos, la pesca se había convertido en una diversión productiva, en una disciplina diaria, diferente al trabajo que lo ocupaba durante ocho horas en el aserradero de su propiedad.

Sebastián seguía inmóvil y pensativo en el corredor, tratando de limpiar la vista. "Hoy almorza-

remos pargo frito —pensó—. Arroz con coco, patacones y pargo frito". El placer que le producía comer algo pescado o cazado por su padre, condujo al muchacho a sentir un gran orgullo de hijo, a admirar silenciosamente a aquel hombre de cuarenta y cinco años, recto en sus costumbres y siempre generoso con familiares y amigos. Y el orgullo del hijo empezó a hacerse más grande cuando todos aceptaron que, sin tratarse de un profesional de la mar, era el más hábil pescador de pargos y róbalos de Bahía Solano. Cuando la pesca era abundante, don Carlos era objeto de admiración y en ocasiones de agasajos. Para celebrar su éxito, invitaba a los amigos a una ronda de cerveza y les hablaba del esfuerzo que había representado una pesca como aquella.

—No me feliciten —les decía—. En la pesca hay un poquito de esfuerzo y mucho de suerte.

—Es cierto, don Carlos —le replicaba algún amigo—. Pero sucede que la suerte siempre decide ponerse de su parte.

El padre de Sebastián callaba. Lo hacía por humildad. Creía que su deber era pescar y no envanecerse por haber cumplido con su deber. Bebía su cerveza a sorbos lentos y regresaba a casa después de haber vendido parte del pescado, de haberlo vendido o fiado sin importarle si mañana o algún día le pagarían.

—Usted es muy bobo, don Carlos —le decía algún amigo—. Sólo debería fiar a los que le pagan.

—Prefiero fiar a regalar —respondía—. Así no se sienten humillados.

—Hoy almorzaremos... —iba a decir Sebastián en voz baja cuando sintió la presencia de su madre en el corredor.

—¡Qué raro! —dijo ella a sus espaldas.

—¿Raro qué, mamá?

—Se levantó más temprano y no lo oí cantar.

—Me despertó un mal sueño —explicó el niño—Por eso no pude recordar ninguna canción.

III

Sebastián inclinó el cuerpo sobre la veranda del corredor. Se restregó los ojos con los nudillos de los dedos y volvió a sentirse sucio, como si el lodo del sueño lo hubiera bañado por completo. Si lloviera —se dijo—, correría bajo la lluvia para quitarse de encima las pesadas consecuencias de la pesadilla. Pero al mirar el cielo, supo que no llovería. Haría un día de sol, tal vez lloviznara por la tarde.

A sus ocho años cumplidos, ya sabía leer y escribir. Conocía las operaciones aritméticas y se creía buen alumno de geografía e historia; escribía con corrección y se dedicaba a redactar cartas de compromiso a cuanto extraño se lo solicitara. Lo hacía con elegante caligrafía, adornada en las primeras letras por arabescos que daban un sello personal a su escritura. Lo que nadie sabía era que Sebastián copiaba en un cuaderno de tapas azules las canciones aprendidas y que destinaba el de tapas rojas, todavía limpio, para escribir allí las canciones que algún día compondría. Por eso lidiaba desde hacía dos semanas con los primeros versos de la que sería su primera canción, de la que apenas imaginaba su sentido: una joven hermosa, llegada en un navío de bandera desconocida, ahogaba sus penas de amor en el mar.

Sería una canción digna de cantar y recordar.

¿No sería ésta la causa de su inquietud, añadida a las impresiones todavía vivas de la pesadilla? En la noche anterior, al no poder conciliar el sueño, había encontrado el primer verso y lo había grabado en su memoria.

Ahogaré mis penas en el mar —me dijo

era la primera frase concebida. Creía que era un buen comienzo. Veía a la mujer de cabellera rubia y con expresión triste fijando la vista en la luminosidad agónica de un atardecer marino. Sólo él podía decir cuánto había lidiado para encontrar aquellas imágenes y las pocas palabras que empezaban a expresarlas, cuántas hojas de papel había emborronado. Las guardaba con tachaduras y enmiendas para saber cuánto esfuerzo significaba escribir algo tan sencillo. Y allí, de pie en el corredor de su casa, volvió a recordar la frase. Sentía que la vista se despejaba y que la inquietud se apoderaba nuevamente de sus sentidos. No era por la canción. Tal vez ni siquiera fuera por el mal sueño de la madrugada. Prefirió seguir mirando hacia el horizonte mientras trataba de separarse de la estruendosa música emitida por el radio de un vecino. Y fue entonces, en ese instante, cuando el niño distinguió una gigantesca mole oscura que se levantaba en la playa.

—¡Qué cosa más rara! —se dijo.

Sin esperar más, saltó del corredor hacia la calle.

La carrera emprendida lo dejó sin aliento. Y menos respiración tuvo cuando se encontró frente al cuerpo descomunal, húmedo y brillante del animal. No pudo evitar un profundo suspiro de admiración.

—¡Una ballena! —exclamó al recuperar el aliento.

Recordó al instante lo que los mayores decían y repetían en Bahía. En distintas épocas, recalaban en

el lugar ballenas de todos los tamaños y especies. Se trataba de cetáceos extraviados en su peregrinar por el océano Pacífico. Se decía que, al separarse de la manada, perdían el instinto que las guiaba, como si el radar que las comunicaba entre sí no emitiera más que señales confusas. Se lo había escuchado referir a su padre en un viaje de regreso de la ensenada de Utría, a donde las ballenas se dirigían a parir sus crías y donde, durante algunos días, enseñaban a los ballenatos a ser independientes y libres.

—¿Un radar? —había preguntado Sebastián asombrado.

—Sí, como señales de radio —había explicado don Carlos—. Cuando se les daña el aparato, se extravían.

Esto recordaba el niño, sin salir de la emoción y el asombro. Jamás había imaginado la presencia de semejante bestia marina. Y allí la tenía ante sus ojos, varada en la playa, con casi la mitad del cuerpo sumergida en el agua. Era como un barco de gran calado, incapaz de moverse porque la profundidad de las aguas era insuficiente para hacerlo flotar.

—¡Dios mío! —volvió a exclamar Sebastián.

Estaba a escasos metros de la ballena, encima del terraplén de cemento, y la bestia aleteaba con desesperación. Como si tratara de ahorrar fuerzas después de tan inútiles movimientos, se quedaba quieta por un rato. Y era en esas largas pausas cuando el niño pensaba en la magnitud del dolor que experimentaría el animal, quizá más grande que la grandiosa pesadez de su cuerpo.

Le parecía extraño que ninguno de los pescadores la hubiera visto llegar a la playa. Quizá se habían hecho a la mar antes del amanecer, era probable que la ballena hubiera encallado cuando ya se encontraban faenando. Era posible que, todavía adormilados,

los pescadores no hubieran notado su llegada a la orilla.

La ballena se removió con una fuerza capaz de destrozar lo que encontrara a su lado. Y al terrible aletazo le siguió de nuevo la inmovilidad, como si así repusiera fuerzas para sacudirse después con mayor brío. Pero a medida que trataba de arrastrarse con la barriga aplastada en la arena, lo único que conseguía era encallarse más y más. El suave oleaje de la marea baja apenas alcanzaba a cubrirle la mitad posterior del cuerpo. La inmensa cola flotante daba la impresión de no pertenecer al resto de la bestia.

IV

El sol empezó a salir detrás de las montañas. La llovizna, inesperada, humedeció el rostro del niño y la luz, que aparecía normalmente en su plenitud quemante, parecía pasar a través de débiles capas de lluvia, como si lo hiciera por un fino cristal de niebla.

Dentro de poco —calculó el niño—, todo el pueblo estaría despierto y en pie. Nativos y forasteros de paso se acercarían a la playa a ver la presencia fascinante de la ballena varada.

—Otro animal de Dios que se despistó —dijo una voz de mujer a espaldas de Sebastián.

Sin volver la vista atrás, el niño reconoció la voz cantarina de Eudosia.

Era una mujer de edad incalculable. La madre de Sebastián la había recibido en casa como un miembro más de la familia y ella pagaba esta hospitalidad haciendo toda clase de oficios. Imponía su presencia y autoridad con la dulzura de una abuela. Se murmuraba que estaba loca, pero su locura era de todas maneras inofensiva. Nadie se atrevía a molestarla, excepto algunos niños que le lanzaban palabras de provocación para verla rabiar. Sólo querían escuchar las amenazas que ella devolvía y que los condenaba a asarse como jureles en las pailas ardientes de los profundos infiernos.

Eudosia había envejecido haciendo toda clase de servicios a la gente. Más de uno de aquellos niños, los mismos que la provocaban a su paso, había sido curado por ella. Los había sanado de mal de ojo, de fiebres palúdicas, de vómitos y de diarreas; los había sacado con sus propias manos del vientre materno, cortándoles el ombligo con los dientes, y había hecho de un insignificante montón de carne y huesos una criatura dispuesta a vivir en el mundo por sus propios medios. Y los había curado con sus secretos de yerbas y oraciones incomprensibles, musitadas con el acento musical de unas erres salidas de la garganta. Después de haberles cortado el ombligo o haberlos curado de enfermedades que el médico desconocía, los olvidaba, como olvidaba recibir las recompensas que sus padres le ofrecían.

Pese a la seriedad evidente de las curaciones, muchos seguían tomándola en broma.

—Parece que llegó hace muy poco —dijo Sebastián con pesar—. Nadie la vio llegar.

—Ni modo de hacer nada por ella —dijo la negra.

A Sebastián no le gustó tanto pesimismo en boca de Eudosia.

—No se moleste, niño Sebas —explicó ella—. Se lo digo porque, según dicen, las ballenas sufren mucho más estando en estas condiciones que muriéndose.

Estaba acostumbrada a ver la llegada de ballenas despistadas a esas costas. Pocas veces se conseguía salvarlas. O nadie se interesaba en hacerlo. Por el contrario: desde el día en que se supo que los japoneses pagaban a precio de oro la carne de los cetáceos, a algunos nativos se les metió en el alma la codicia y esperaron la llegada providencial de las ballenas para atacarlas a arponazos y descuartizarlas mientras cal-

culaban el peso de una carne poco apetecida en el pueblo.

No era ésta una costumbre antigua. Empezó a imponerse cuando los pesqueros japoneses decidieron arrimarse con mayor frecuencia a esas costas. A nadie cabía en la cabeza que pudiera disfrutarse comiendo aquella carne con dureza de suela de zapato, carne que sólo sabía a algo si era secada al sol o ahumada durante horas y días.

Eudosia lo recordaba con indiferencia. Y mientras veía el rostro desconcertado del niño, pensaba que salvar a un animal de tamaño sobrenatural, en caso de que se deseara salvarlo, no sería nada fácil. Arrastrarlo hacia aguas más profundas exigía el concurso de muchos hombres, acaso de fuerzas distintas a la de los hombres. En ocasiones había presenciado la agonía lenta y desesperada de la bestia, por la que nadie mostraba una sola mirada de compasión.

Y fue precisamente compasión lo que leyó en el rostro del niño.

—Vamos, muchachón, que ver a esa ballena me pone enferma —dijo la negra—. No por ella sino por usted.

Nunca lo había visto tan desconcertado. Trató de consolarlo y sorprenderlo gratamente.

—Le voy a decir una cosa; ese primer verso de su canción es precioso.

Sebastián la miró abriendo los ojos de sorpresa.

—¿De qué verso me habla? ¿De cuál canción?

—Del verso que compuso anoche —dijo ella.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Sé muchas cosas que los demás ignoran —dijo a manera de sentencia.

Medio bruja, medio loca. Sebastián recordó lo que todos decían de Eudosia, lo que se decía de la

madre ya muerta, una anciana que nunca pudo hablar la lengua de los demás mortales y que murió, según cuentas bien hechas, soñando con regresar a la isla de donde había llegado siendo joven, después de haber trabajado como mula en los pantanos donde se construía el canal de Panamá.

—¿Adivina la suerte? —le preguntó el niño, todavía perplejo.

—No, la suerte no —dijo—. Adivino a veces el destino de los cristianos, aunque no me gusta hacerlo.

—Si es verdad que la ballena y yo la ponemos enferma —cambió de tema—, deberíamos hacer algo para salvarla.

La idea se le había ocurrido de repente.

—¿Salvarla? ¿Qué puede hacer una pobre loca como yo?

Lo dijo con el acento más melancólico que el niño le hubiera escuchado jamás.

—¿Qué se puede hacer?

Sebastián no lo sabía. Por ello su pregunta provocó nuevas preguntas en su mente.

De pie, bajo la llovizna, el niño y la mujer parecían hablarse en silencio. Miraban al cielo, donde el sol se asomaba con timidez, pronosticando una mañana incierta.

Eudosia, callada, miraba el balanceo de las aguas. Estaba a punto de decir que no valía la pena seguir mojándose pero la posibilidad de una lluvia más intensa le hizo decir algo esperanzador:

—Ojalá no salga el sol, ojalá caiga un aguacero de verdad.

No pretendía ilusionar a su niño. Si no salía el sol —pensaba—, si llovía como llovía en aquellas costas, la ballena tendría al menos la posibilidad de no asfixiarse en pocas horas.

—No se haga ilusiones, niño Sebas —añadió—. Usted sabe que los japoneses que vienen a saquear nuestras aguas con sus barcos del demonio están pagando muy bien por la carne de ballena.

Tomó al niño de una mano y le informó lo más terrible que él podía escuchar en esos instantes.

—Oí decir que hoy llegaba un barco japonés.

—¿Un barco japonés?

—Sí, niño Sebas: un pesquero del diablo.

—Yo me quedo —dijo el niño al ver que Eudosia giraba el cuerpo dispuesta a regresar al pueblo.

Caminaba de regreso a casa con el bamboleo parsimonioso de sus caderas. Iba vestida con una larga falda floreada, heredada de la madre del niño. Tenía, por lo visto, cosas más importantes que hacer: preparar el almuerzo, barrer la casa, tender las camas, encerrarse a musitar sus extrañas oraciones.

—Le diré a su mamá que venga a ver la ballena —gritó la negra sin mirar atrás.

Nada podía hacer ella. Conocía muy bien la conducta de los hombres, siempre dispuestos a acabar con lo que encontraran a su paso, mucho más dispuestos a destruir que a salvar aquello que podía salvarse. No veían más allá de sus narices ni pensaban en otra cosa que no fuera la cavidad de sus estómagos.

No lo pensaba por la suerte que correría la ballena. Se lo decía por los bosques talados a hachazos, por los ríos que recibían cuanta porquería sobraba. Esos mismos ríos, antes caudalosos y limpios, tenían ahora un caudal de lágrima. La selva era penetrada por los buldózeres, sometida a la voracidad humana. Algunos hombres pescaban con dinamita y a la playa eran arrojados miles de peces diminutos. El aceite de los motores flotaba en la superficie de las aguas como un horrible arcoiris tóxico. Los forasteros compraban por nada

la tierra donde habían vivido desde siempre nativos y colonos, y en poco tiempo los antiguos dueños se convertían en sirvientes de los recién llegados. No, no podía hacer nada.

Sebastián había acompañado con la vista el regreso de Eudosia. Se alejaba lentamente. Sabía que ella informaría a todo el pueblo y a quien deseara escucharla sobre la presencia de la ballena en la playa.

El niño desvió los ojos hacia la bahía. La barca de su padre regresaba por el costado izquierdo.

V

Sebastián se había entregado a los más siniestros pensamientos. La tristeza que lo embargaba tenía sobre su cuerpo el efecto de un ancla pesadísima, adherida al suelo así como las rocas se adhieren a otras rocas. Eran tantas las preguntas que se hacía y tan pocas las respuestas que podía darles, que la inquietud regresó con más fuerza a sus sentidos. Por momentos, volvían trozos del mal sueño pero no creía que el origen de su malestar estuviera en aquel recuerdo.

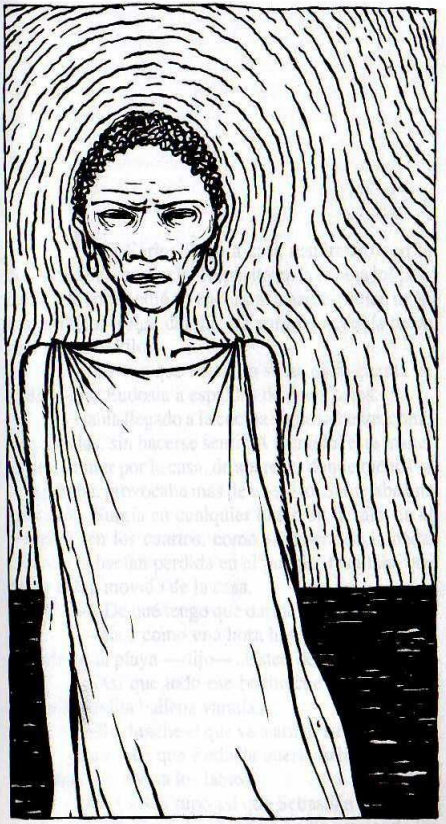
No sabía cuántas horas podía vivir una ballena antes de asfixiarse en tierra firme. ¿En cuántas horas más sería un montón de carne expuesta a la venta? ¿Vendrían los japoneses en sus modernos barcos pesqueros? ¿Podría la ballena sacar fuerzas y sacudirse de tal forma que le fuera posible regresar a aguas más profundas? Sebastián le daba vueltas y vueltas a sus preguntas. Y devolvía la mirada piadosa al cuerpo del cetáceo. ¡Qué portentoso cuerpo! ¡Qué áspera debería ser su piel! Se le ocurrió imaginar que la ballena era una visitante venida de lejanías que nunca jamás el hombre alcanzaría; se le ocurrió pensar que el animal traía en su piel las huellas de profundidades marinas y superficies insoportablemente tempestuosas. Ninguno de esos lugares pertenecía a la geografía que él había aprendido a querer porque le servía para creerse en tierras desconocidas y remotas. Y recordó de pronto la explicación que le había dado un día su padre. Las palabras o sonidos con que las ballenas se comunicaban, trazaban rutas oceánicas y se registraban en mapas imaginarios.

De pronto, sintió la humedad de sus propias lágrimas en los pómulos. Lloró en silencio imaginándose a una ballena solitaria, tomando un rumbo distinto al del seguido por el grupo. La imaginó alejándose aún más. Ya el cetáceo había trazado su ruta, la trágica ruta que lo condenaría.

Así debía de ser la soledad. Así también, como una separación de los demás, debería de ser lo que los mayores llamaban soledad.

Con las manos en los bolsillos del pantalón escuchó voces próximas. Eran muchas y de tonos diversos. No quiso por ello volverse a mirar. Las voces le parecían amenazantes. No importaba que fueran voces conocidas. Al escucharlas, había empezado a temer lo peor.

Capítulo segundo



I

Don Carlos llegó a casa respirando con la dificultad del cansancio. Depositó en la cocina los pescados y le sorprendió no encontrar a nadie a quien mostrar el mejor trofeo del día, un pargo que debía pesar más de cinco kilos.

—Ya veo que usted no se ha dado cuenta de nada —dijo Eudosia a espaldas de don Carlos.

Había llegado a la cocina sigilosamente, como de puntillas, sin hacerse sentir. A menudo, esta manera de caminar por la casa, de aparecer donde menos se le esperaba, provocaba más de un susto. Semejaba una aparición. Surgía en cualquier lugar, en la sala, en el corredor, en los cuartos, como si saliera de la nada. Cuando la hacían perdida en el pueblo, resultaba que no se había movido de la casa.

—¿De qué tengo que darme cuenta, Eudosia?

—Hace como una hora hay una ballena despistada en la playa —dijo—. Usted debe estar ciego.

—Así que todo ese bochinche de la calle es por una bendita ballena varada.

—Bochinche el que va a armar su hijo —dijo.

Cada vez que Eudosia quería hablar con doble intención, torcía los labios.

Don Carlos supo así que Sebastián se resistía a abandonar la playa. La negra no podía precisarle las

intenciones del niño, pero, por su actitud, podía deducir que trataba de salvar a la ballena.

Ignoraba, sin embargo, que antes de acercarse a la orilla y al escuchar que una ballena reposaba encallada en el costado derecho, cerca a la desembocadura del río, eran ya muchos los que hablaban de preparar el sacrificio. Se disputaban la dirección de las operaciones, como si se tratara de una guerra en la cual su general encabezaría el avance hacia el objetivo. Empezaba a estar claro que la dirección de las operaciones debería asignarse a don Jacinto. Era un hombre rico y con capacidad de mando, capaz de convertir en plata todo lo que tocara. Eudosia ignoraba lo que sucedía en la casa de ese viejo avaro, pero su pensamiento se dirigió hacia la casona de aquel hombre sin escrúpulos.

—Para colmo —dijo la negra a don Carlos—, se empezó a regar la bola de que esta tarde llega un pesquero japonés.

—¿Y qué tiene que ver ese pesquero con la ballena?

Eudosia se rió de la pregunta, que encontró ingenua.

—¿No sabe usted acaso que esos chinitos compran la carne de ballena a precios de pavo?

Inclinado frente a una mesa sobre la cual descansaba un platón lleno de agua, don Carlos se lavaba los brazos y el torso con jabón. Encima del fogón de leña apagado, el pargo de al menos cinco kilos no dejaba de llamar la atención de la negra. Si de ella dependiera, si no fuera una decisión exclusiva de doña Francisca, la madre de Sebastián, aquel gran pescado hubiera empezado ya a asarse sobre las brasas.

—Iré a ver qué pasa —dijo don Carlos al terminar de asearse.

—Doña Francisca salió a buscar al niño Sebas —informó Eudosia.

Como había llegado, sin que don Carlos sintiera sus pasos, así se iba ella, dejándolo con las palabras en la boca. Iba a pedirle en ese instante que le sacara una camisa limpia del ropero. Pero al darse cuenta de la desaparición de la negra, se dijo que lo mejor sería no ponerle misterio a un asunto tan corriente.

Estaba por creer que había algo indescifrable en la conducta de Eudosia, incomprensible para los demás pero perfectamente explicable en la vida de la mujer. Posiblemente fuera cierto lo que se decía en Bahía Solano: que Eudosia tenía poderes sobrenaturales, que los tenía como los había tenido su madre, a quien los viejos de su mismo tiempo llamaron siempre *Tante Luise:* tía Luisa. Para todos, la curandera medio loca había heredado las malas costumbres de la vieja. No quería creer en esta clase de habladurías, pero eran tantas las personas que lo decían y tantos los motivos que ella daba para seguir creyéndolo, que don Carlos aceptaba como un hecho las murmuraciones.

Recordaba un episodio que había llenado de asombro a todo el pueblo. Eudosia había dicho con gran naturalidad que uno de los muertos enterrados el mes pasado había sido sepultado vivo. Lo había dicho una hora después del cepelio y todos se habían reído de ella. Sólo la hija del difunto le hizo caso. Sin que nadie la viera, regresó al cementerio, buscó la ayuda de un ocioso y, a la luz de una espléndida luna llena, ordenó que abrieran la fosa. Y cuánta no sería su sorpresa al encontrar que, en efecto, el difunto no estaba muerto sino asfixiándose dentro de la caja mortuoria. Con todas las fuerzas que le infundía la desesperación, la mujer sacó al padre del rústico ataud de madera. Ante el asombro y el espanto de quienes la vieron regresar acompañada por el difunto, se dirigió a darle las gracias a la negra, quien le dijo que ese sinvergüenza

no merecía estar vivo. Si había dicho lo que dijo para salvarlo, lo decía para verlo sufrir un poco más en este mundo. No olvidaba los insultos que le había dirigido alguna vez, llamándola bruja, loca, engendro del demonio, aborto de la naturaleza.

—Vaya, don Carlos, vaya a consolar a su muchacho —dijo la negra. Pero la voz que el padre de Sebastián estaba escuchando no era una voz cercana sino las palabras de alguien que ya no estaba ante sus ojos.

II

La multitud de curiosos crecía en la playa. Habían llegado sin que Sebastián tuviera tiempo de preguntarles a qué venían o si lo hacían porque una pobre ballena se moría de asfixia en un rincón del mundo que ella no había deseado.

Acompañado por doña Francisca, el niño tenía otra clase de inquietud. Era como si la sensación de la mañana se hubiese borrado para dar paso a una inquietud que él mismo no alcanzaba a descifrar. Empezaba a preguntarse por la suerte del animal y no era la mejor de las suertes lo que le deseaba el grupo de curiosos que se agrupaba en la playa. Aunque conocía sus caras y los veía a diario en el poblado, muy pocos de aquellos hombres le inspiraba confianza.

—¿Qué dicen? —preguntó el niño a la madre.

Doña Francisca, que había escuchado retazos de conversación, se guardó la respuesta. Si le decía a su hijo lo que había escuchado camino de la playa, añadiría más desazón a la evidente preocupación de su hijo. Prefirió decirle que esa ballena era el más grande y conmovedor ejemplar que ella había conocido en su vida.

Sebastián aceptó las palabras de la madre como un consuelo. Pero aquellos que hablaban a gritos so-

bre la llegada del pesquero japonés, no lo hacían en términos consoladores. Hablaban y gesticulaban, dando a atender sus intenciones. Por fortuna, oyó que un grupo de mujeres manifestaba su preocupación por la suerte de la ballena. Discutían sobre lo que pasaría a la bestia si seguía allí dando aletazos desesperados, sumergida apenas en el agua. Una de aquellas mujeres dijo en voz alta una frase que Sebastián recibió con interés.

—Puede que pida auxilio y vengan a socorrerla.

Otra de las mujeres habló para el niño y doña Francisca:

—Matilde dice que vendrán otras ballenas a socorrer a la que se quedó encallada.

—Eso es cierto —dijo don Carlos, que acababa de llegar al lado de su familia.

Y explicó que las señales emitidas por los cetáceos podían ser escuchadas a millas y millas de distancia. Era posible que se acercaran. Tal vez no pudieran hacer nada: darían vueltas por la bahía, se acercarían hasta donde les fuera posible y en el gesto de desesperación y solidaridad podía suceder que otra de las ballenas del grupo se acercara demasiado y encallara.

—¿Dónde anda Eudosia? —preguntó Sebastián a don Carlos.

—Se perdió —dijo—. Usted la conoce: aparece y desaparece como un fantasma.

Lo preguntaba porque sentía su cercanía a la negra, porque también él creía que Eudosia estaba más cerca del bien que del mal, pese a lo que se decía de ella. El calor que le transmitía le inspiraba una confianza que ni siquiera sus padres le comunicaban. No era fácil de explicar, pero minutos antes, cuando la mujer estuvo a su lado en la playa, sintió que, sin decirlo, había en ella un asomo de esperanza.

La marea había llegado a su punto más bajo. El agua que cubría la parte posterior del cetáceo había descendido, aunque seguía bañándole la cola y una pequeña parte del cuerpo.

Menos mal que la lluvia aumentaba. Y a nadie le molestaba mojarse bajo el aguacero. Estaban frente a un espectáculo insólito, emocionante para unos, entristecedor para otros. Estaban también los indiferentes, los que esperaban que se decidiera la suerte del cetáceo, atentos al comportamiento de uno de los dos grupos, pues se veía que eran dos las intenciones encontradas a medida que el tumulto crecía.

Eudosia vino a sumarse al corro de la familia. Llegó silenciosa, con los ojos entrecerrados, cubriéndose con una raída capa de hule. Se acercó a Sebastián y éste sintió la cercanía reconfortante de su calor. Se instaló tan cerca de él, que el niño percibió la energía alentadora de aquella presencia. No era el simple calor de una mujer robusta y cariñosa que lo quería como a su propio hijo. Sebastián experimentaba algo más profundo, más allá de la piel, una corriente de calor que iba más allá de cualquier energía conocida. No podía explicárselo.

—Va a seguir lloviendo —dijo la negra ensimismada—. Pero el aguacero no impedirá que el barco de los chinitos llegue dentro de cinco o seis horas.

Automáticamente, don Carlos miró su reloj de pulsera: eran las nueve y quince minutos de la mañana.

—Hay que decirle a la gente que ese pesquero cambió de ruta —se le ocurrió decir a Sebastián.

—No lo van a creer —dijo don Carlos.

—Hay que decirles que cambió de ruta —insistió el niño.

Pensaba que así los partidarios de atacar y despiezar a la ballena, que ya eran reconocibles, no tendrían un argumento más evidente para hacerlo.

Sebastián no solamente los estaba escuchando. Veía el entusiasmo que mostraban a medida que pasaba el tiempo. Hablaban de don Jacinto, el viejo avaro, y dejaban en sus manos la iniciativa de empezar el ataque. Les había ofrecido dinero, los había reunido en su casona de contrabandista y usurero y allí les había abierto las agallas, uno a uno, precisando el peso de la ballena, el precio de la arroba y el interés de los japoneses por hacerse a una carne tan preciada.

—A esos desgraciados sólo les interesa ganarse unos cochinos pesos —dijo Eudosia.

No hablaba para los demás. Lo hacía para ella misma, de allí el susurro de su voz.

—Allá viene don Jacinto —dijo doña Francisca—. ¡No tiene ni vergüenza!

Se acercaba con el pecho inflamado, orgulloso como un pavo real. Venía acompañado por hombres de su confianza. Al verlo llegar, los que estaban en la playa, también hombres a su servicio, corrieron hacia él. Aunque ninguno de aquellos ociosos tenía trabajo fijo ni les interesaba tenerlo, siempre estaban listos a obedecer las órdenes del viejo, a adularlo y a servirle en cuanta maldad se le ocurriera. Eran pobres, pero nada hacían para salir de la pobreza. Eran embusteros y preferían pasar el día en el billar a aceptar una faena decente. El último servicio que habían prestado a don Jacinto, les había granjeado la antipatía de muchas personas honorables del pueblo. Por una paga miserable, habían trabajado para el viejo, obstinado en talar y rastrillar toda la falda de la montaña, uno de los escasos terrenos que servía para que pastaran unas pocas vacas y abrevaran en la quebrada que de la noche a la mañana habían sepultado con tierra. Don Carlos se negó a aserrar la madera resultante del botín y el viejo se las arregló amontonándola en la vía, impidiendo el paso a los vehículos que trataban de apisonar la carretera que conducía a El Valle.

Eudosia lo vio venir y le molestó una vez más la insolencia de su caminado, ese aire regañón y prepotente que el hombre imprimía a cada uno de sus actos. No era un colono antiguo. Llevaba apenas cinco años en Bahía y se había apoderado de tantos terrenos, mal adquiridos o arrebatados a quienes habían estado allí desde siempre. Imponía la autoridad de la riqueza y con ésta compraba a los hombres que corrían a servirle en sus empresas.

Todas las miradas se dirigieron a él. Pero la mirada más atenta fue la de Eudosia. "Ya te veré" —pensaba la negra. Si alguien se hubiera detenido en la concentrada expresión de su rostro, hubiera descubierto una fugaz transformación en los ojos, concentrados en la figura del viejo. "Ya te veré" —repetía con fuerza.

Nadie la vio mover los labios, nadie escuchó las palabras que ella musitó. Todos vieron, en cambio, a don Jacinto: se detuvo, se llevó una mano al estómago y emitió un suspiro de dolor.

A pocos metros del hombre, muchos creyeron que se trataba de un malestar pasajero. "Ya te veré" —repitió la negra. Y fue cuando lo empezó a ver, tal como se lo había imaginado.

Don Jacinto dobló el cuerpo haciendo muecas de dolor, sin retirar las manos del estómago. De pronto, se inclinó penosamente hacia el suelo.

III

Quienes estaban en la playa, movidos por la curiosidad o el interés, siguieron de cerca a don Jacinto. Para que se apoyara y pudiera caminar, tuvieron que hacerse a sus costados dos hombre. Pedía que lo llevaran de inmediato a la enfermería. No podía con el dolor. No era un simple dolor de estómago, el malestar le rodeaba las costillas y se asentaba en la espalda. Segundos después, era un dolor que subía del pecho hacia el cuello. "Te veré y te estoy viendo" —pensaba Eudosia al ver como arrastraban a don Jacinto hacia el pueblo.

—Nadie lo ha visto nunca enfermo —comentó don Carlos.

—La gente se enferma cuando menos piensa —dijo la negra, torciendo la boca con satisfacción.

Sebastián se había familiarizado con el calor despedido por Eudosia. Ya no sentía extraña la energía que ella le transmitía. Era una energía propia, como si saliera de su mismo cuerpo. Miró a la mujer a los ojos y experimentó lo que siente alguien que al salir de la oscuridad se enfrenta a la luminosidad del sol. Eudosia le guiñaba un ojo. Y comprendió que lo sucedido a don Jacinto era obra de ella. Nunca había dudado de los poderes de la vieja negra ni pretendía explicárselos. Si las cosas sucedían, había que aceptarlas como

llegaban, por increíbles que parecieran. ¿No era acaso increíble lo sucedido repentinamente a don Jacinto?

Guardó silencio.

Interesado por un rato en la conducta de los curiosos, Sebastián había descuidado a la ballena. La tenía tan cerca, a escasos doce o quince metros, que sentía su presencia sin necesidad de dirigir la vista hacia ella. La lluvia que caía sobre su cuerpo era más abundante, pero no lo era el agua del mar que la cubría apenas en la cola y en una cuarta parte de su anatomía mitológica.

El niño creyó estar escuchando sonidos misteriosos. Eran como el pitido agudo de algún instrumento o como las emisiones defectuosas de una estación de radio que alguien maniobra antes de encontrar la frecuencia deseada. Se concentró en aquellos sonidos, que parecían venir desde muy lejos.

—Yo también los oigo —le dijo Eudosia—. Debe ser que se están comunicando entre ellas.

—¿Y eso es grave? —preguntó con el semblante preocupado.

—Nada es grave mientras haya posibilidad de remedio —sentenció la negra.

Don Carlos y doña Francisca se habían apartado un poco y hablaban, él con tono severo, ella con actitud de súplica, a un grupo de mujeres y hombres que comentaban la llegada del pesquero. Los había que daban por segura su entrada a la bahía dentro de seis o siete horas; algunos insistían en afirmar que los japoneses habían cambiado de ruta y se dirigían hacia el norte huyéndole a las patrullas de guardacostas. Para los primeros, era inminente la llegada: livianas y rápidas lanchas de plástico con motores fuera de borda acercarían a los chinitos a la orilla y entonces sabrían que la codiciada ballena ya tenía dueños, era cuestión de ofrecerles un precio.

Un repentino aletazo del cetáceo maravilló a todos los presentes. Sebastián sintió el movimiento como un gesto de impotencia de la bestia. Imaginó su sufrimiento. Y fue en esos instantes cuando el tema olvidado de su canción sufrió un cambio inesperado en los rincones de su memoria.

Ahogaré tu pena de moribunda en el mar corrigió. Y de esta forma, la historia de la hermosa mujer que llegaba en un barco a depositar sus penas en el mar, fue remplazada por la historia de la ballena, de la cual no tenía más imágenes que las recientes, las acumuladas desde hacía pocas horas en su mente. ¿Podría pasar de esos primeros versos y cuando todo hubiera concluido escribir una canción conmovedora?

—Así está mejor —dijo maliciosamente Eudosia. "Lee mis pensamientos" —pensó Sebastián. "No se asuste, niño Sebas, que eso lo hace mucha gente" —le comunicó Eudosia, imprimiéndole confianza con otro guiño de ojo.

Don Carlos le pidió a su esposa que regresara a casa y se ocupara de los pescados. Si había alguna novedad, el primero en hacérselo saber sería Sebastián. No sabía cómo ponerse de parte de su hijo. Tratar de ablandar el ánimo de los belicosos, es decir, de aquellos que pese a la "enfermedad" de don Jacinto veían la posibilidad de atacar a la ballena por su cuenta, era casi imposible. No podía ofrecerles dinero a cambio. No tenía tampoco argumentos convincentes. Si alguien cree que puede acabar con la vida de un animal porque así gana para el sustento, no será esa la persona que pueda cambiar de idea por una razón ajena a su interés o a los vulgares intereses de su estómago. "Háganlo por mi hijo" —le había dicho a uno de sus amigos, en tono confidencial, pero éste se había encogido de hombros, como diciendo que no podía satisfacer el capricho de un niño. "No es un capricho" —alcanzó a

decir don Carlos y el amigo prefirió dar media vuelta. Decirle que las ballenas, aquí y en todas partes, eran atacadas y sacrificadas en número cada vez más alarmante; que existían especies en vía de extinción, como lo había escuchado en la radio, le hubiera valido una respuesta tajante. Muy pocos creían que la vida de las ballenas afectara la vida de los hombres. Una sensación de derrota pasó por su conciencia.

—¿Oye lo que estoy oyendo? —le preguntó Eudosia a Sebastián.

Le formuló la pregunta con la intensidad interior del pensamiento. Y el niño la escuchó como si estuviera acostumbrado a recibir esta clase de mensajes.

—Sí —respondió él. Y miró a lo lejos, allá donde la bahía se abre a la grandeza del océano. Creyó ver varias, gigantescas siluetas atravesando la superficie de las aguas. Se acercaban veloces. Los chorros de agua que lanzaban hacia el cielo se cruzaban y caían trazando una perfecta elipsis. ¿Respondían al llamado de la ballena varada? Lo estaba pensando, pero decidió preguntarle a Eudosia qué había hecho con el viejo Jacinto.

Ni ella misma sabía lo que le había hecho a aquel hombre avariento. Se lo imaginaba postrado en un catre, auxiliado por sus sirvientes. Nada podía hacer la enfermera por sus dolores porque ni siquiera los médicos, de haber existido alguno en Bahía Solano, podían diagnosticar esa clase de dolencias. Se quejaba del estómago; no podía mover el cuello; sentía en las espaldas la presión de una apretada faja de acero, porque sólo la presión de una faja de acero en la parte superior del cuerpo podía producir tal sensación de ahogo. Tenía, sin embargo, los ojos bien abiertos, tan abiertos como los tenía cuando la codicia se expresaba en su mirada de ternero hambriento.

—No están tan cerca como usted cree —precisó Eudosia. No era un espejismo. Pretendía decir que, aunque lejanas, las ballenas podían ser vistas y sentidas.

Sebastián iba a decírselo a su padre, pero Eudosia adivinó sus intenciones. Le hizo una seña de silencio. Para ella, don Carlos era un escéptico incorregible y se hubiera burlado de los dos o únicamente de ella, lo que era peor, pues recordaba muy bien haberle oído decir, a manera de reproche, que eso de tener visiones era cosa de locos.

—Ya vengo —dijo don Carlos al niño—. Se me ha ocurrido una cosa.

Y no era una ocurrencia del momento: algo le preocupaba desde hacía rato, de allí su actitud pensativa e inquieta.

Sebastián constató que el equipo de hombres decidido a hacer por su cuenta lo que antes debería haber sido comandado por don Jacinto, se retiraba de prisa de la playa. Se les notaba nerviosos. Los había contado: no pasaban de seis, el número suficiente para llevar a cabo y sin ayuda sus perversas intenciones.

A medida que el tiempo pasaba, más fuerte se volvía la decisión del niño. Al principio había sentido pena por la bestia. Pena y tristeza. Poco a poco se le había revelado en la conciencia la necesidad de hacer algo, no sabía cómo, pero hacer algo. Cuando pudo imaginarse el espectáculo macabro ofrecido por quienes vendrían a atacar a hachazos y arponazos al cetáceo indefenso, se hizo a la idea de poner todas sus fuerzas para evitarlo, todas sus débiles fuerzas.

—Déjelos —lo tranquilizó Eudosia al verlo impotente, siguiendo con la mirada a los seis hombres—. No podrán hacerlo.

IV

El primero de los seis hombres buscó detrás de la puerta de la cocina el hacha que guardaba para derribar árboles. No la halló. No podía creerlo. Sólo encontró una especie de guadaña de madera. Y rabió hasta dar puntapiés a la pared.

El segundo, que había llegado resoplando a su casa, tampoco encontró el implacable serrucho con que acostumbraba hacer más ruido que trabajos en una vivienda que se le caía a pedazos. Llamó a su mujer y ésta le dijo que debía de estar donde siempre había estado, es decir, donde lo estaba buscando. "Alguien lo cambió de sitio" —protestó él. Pero nadie lo había cambiado de lugar. Allí, el hombre encontró un absurdo costal de hojas secas. Parecía una broma. ¿Qué hacía un costal de hojas secas, adornado con cucarachas, donde siempre guardaba la herramienta?

Uno a uno, los seis hombres asistieron a igual decepción: las herramientas buscadas no estaban en el lugar acostumbrado. Hachas, serruchos, machetes, arpones, habían desaparecido. El colmo de la burla llegó cuando se halló una gran espina de pescado allí donde debía estar el arpón usado de vez en cuando para pescar tiburones. Era tan perfecta la espina y tan absurda su presencia, que el hecho infundió miedo al desafortunado individuo.

Sin ponerse previamente de acuerdo, los seis se encontraron visitando a don Jacinto en su lecho de enfermo. Pero el viejo no podía ni mover los labios. Tieso de la cintura para arriba, movía a duras penas un músculo, dibujando en su boca una mueca de idiota. Se convirtió así en blanco de chanzas entre los visitantes y en curiosidad de aquellos que lo odiaban, para quienes una oportunidad como ésta no se veía todos los días. Al verlo postrado e inútil, Evaristo, el más activo de los seis hombres, tuvo una revelación instantánea. La suma de circunstancias absurdas e inexplicables era obra de la negra Eudosia. "Es ella" —dijo en voz alta, frente al enfermo. Y temió en seguida lo peor. Con esta clase de mujeres, si en realidad eran mujeres de este mundo, no podía jugarse. ¿No había sido *Tante Luise*, la madre, la causante de peores embrujos? Temía que Eudosia fuera más lejos, que lo hecho a don Jacinto le fuera hecho a él. Y aunque le debía el favor de haber sido curado de la mordedura mortal de dos culebras, le guardaba más temor que agradecimiento. ¿Cómo había conseguido salvarlo? Ni siquiera le aplicó "contras" en el sitio de la mordedura. No había usado amasijos de yerbas ni se había tragado la sangre envenenada para escupirla a sus pies. Había pasado las manos por encima de la herida, sin tocar la piel, y había musitado algo parecido a una misteriosa canción en una lengua que él desconocía. Aquellas palabras se le habían grabado para siempre. *Soigné, soigné, bon Dieu:* curado, curado, buen Dios —éstos fueron los sonidos emitidos por la negra. Esta le exigió que descansara y cuando Evaristo despertó, mojado por el frío de la fiebre, Eudosia no era ni una sombra: se había esfumado.

Si un ser como ella era capaz de hacer el bien de manera tan milagrosa, también podía poner sus poderes al servicio de causas malignas. La acababa de

ver en la playa, al lado de Sebastián, echando fuego por los ojos hacia quienes pretendían atacar a la ballena. La vio de nuevo en la imaginación. Y sin decir nada, cual una bestia doblegada repentinamente por el miedo, salió del cuarto de don Jacinto, evitando a los amigos que lo llamaban.

No regresaría a la playa. Deseaba con toda el alma estar lejos de los acontecimientos. Se santiguó repetidas veces y se alejó del pueblo. Era cuestión de perderse, de estar lejos de cualquier rumor o información sobre el destino de aquella maldita fiera. Si caían más desgracias, debían atribuirse a los malignos poderes de Eudosia.

Otra muy diferente fue la reacción de Luis Emiro, el hombre que en lugar de un serrucho había encontrado un costal de hojas secas. Indignado, se lanzó a la calle, bajo el aguacero, convertido ya en tormenta huracanada. El viento no podía ser más amenazante. Sentía que su cuerpo era una débil estructura sin peso. Y tuvo que agarrarse al tronco de un almendro para evitar ser arrastrado por la furia del vendaval. Lo curioso era que, al mirar hacia la playa, no encontraba indicios del mismo fenómeno. ¿Sufrían ellos los efectos del huracán? ¿O todo no era sino obra de su imaginación?

Cuando los hombres no pueden explicarse fenómenos de la naturaleza se encuentran a merced de las supersticiones. O acuden a creencias en las que no entra la razón. De esta forma, Luis Emiro pensó que tanto misterio y tan misteriosa cólera de los elementos podía deberse a la indignación de Dios.

Trató de pedir ayuda. Estaba agarrado al tronco de un almendro muy parecido al que había abatido sin misericordia días antes. De nada habían valido las súplicas de sus vecinos, que le explicaron que con su acción quitaba para siempre la sombra y el remanso a

la parte delantera de su rancho. Se empecinó en creer que aquel almendro era el criadero de los zancudos que atormentaban sus noches y no el pozo de aguas estancadas que no había querido canalizar. Y allí seguía amarrado, protegiéndose, sintiendo todo el peso de la impotencia. Nadie venía en su auxilio. No había ni un alma a su alrededor.

Marcial, el ocioso muchacho que prefería dormir hasta el mediodía y esperar que el alimento le llegara a la boca sin hacer nada para conseguirlo o merecerlo, se enfrentó a otra clase de imprevisto. Al igual que sus compinches, había pensado que la ballena le daría los pesos suficientes para pagar una semana de parranda. Se había sumado al grupo con más bulla que esfuerzos. Era lo que se dice un hablador, de esos a quienes la facilidad de palabra sirve más que la realidad del trabajo. Y fue a él, Marcial, a quien sucedió lo que menos esperaba.

No había regresado a su rancho en busca de herramienta útil. Había vuelto para hacer ver que también él trabajaba en la empresa de don Jacinto.

—¡Maldita sea! —protestó cuando se disponía a salir de su casa. La puerta de salida se había cerrado y por mucho que trató de abrirla se encontró con que la madera parecía haber sido sellada desde afuera. Golpeó repetidas veces. Y sólo consiguió que la puerta pareciera más firme y compacta. Aunque era de día, los ojos se le nublaron y sintió que se sumergía en una oscuridad superior a la de la noche más cerrada.

En otro lugar del pueblo, Evaristo vivía la continuación de su drama. Mientras huía a grandes zancadas de la vista de los humanos, se internaba más y más en la montaña. Huía de nadie o de sí mismo, de su miedo, del pánico que le producían las acciones de la negra Eudosia. Vino a su mente la imagen de la ballena encallada en la playa. Y fue de tal nitidez la presencia del animal en su imaginación, que sintió un llanto prolongado y desgarrador salido de la boca del animal. Era superior a cualquier llanto escuchado antes, superior a cualquier grito de dolor y desesperación que pudiera recordar. Se sentó entonces al pie de un árbol, llevándose las manos a la cabeza. El sonido era por instantes agudo y ensordecedor y penetraba en su cabeza como un instrumento punzante. Miró alrededor y sólo vio las ramas mojadas de los árboles, la grandeza extraordinaria de la naturaleza, ante la cual se sintió pequeño e insignificante. El rápido paso de los animales, el canto de los pájaros, la algarabía de los monos que danzaban de una rama a otra, el reptar de una culebra, todo esto permitió que Evaristo olvidara por un momento el llanto quejumbroso de la ballena.

Sin retirar las manos de su cabeza, vio de pronto la claridad del sol asomándose por entre el follaje. En aquel recodo del monte, la lluvia había cesado.

V

Eudosia tenía en el rostro una expresión radiante, muy distinta a la expresión cerrada y oscura de los cielos. Le satisfacía saber lo ocurrido a cada uno de los seis hombres. Veía a Evaristo, sentado bajo un árbol, sufriendo el acoso de su conciencia, presa ya de horribles remordimientos. Era un buen muchacho. Sentía cariño por él. Verlo acosado por visiones aterradoras, le hacía redoblar el cariño y la ternura que le había tenido desde niño. Por eso quería aliviar su pena. Y para conseguirlo, se concentró durante algunos segundos, para permitir que el muchacho se irguiera del lecho de hojas secas sobre el cual había posado sus nalgas. "Te voy a hacer un favor —pensó la negra—. Te voy a quitar los remordimientos".

Sebastián no llegaba a los pensamientos de Eudosia, que había logrado un poco de calma en la conciencia de Evaristo. No obstante, la miraba, seguro de que la negra estaba ocupada en otro de sus oficios.

—Evaristo viene a acompañarnos —le dijo al niño. No le dijo, en cambio, que ella misma lo guiaba hacia la playa. Y que él, como un autómata, obedecía la voz o la energía de Eudosia.

—¿Qué está usted haciendo? —se atrevió a preguntar Sebastián.

—Nadie es del todo malo, nadie es del todo bueno —sentenció ella.

Sebastián experimentó de nuevo la cercanía de Eudosia, la misma energía, casi quemante, que invadía desde la mañana sus sentidos.

Minutos después, Evaristo, con el semblante risueño, saludaba a Sebastián dándole una palmadita en la espalda.

—Vine a ayudarlos —dijo, sin quitarse del todo el temor que le infundía la negra.

—Tranquilo, Evaristo, que no le hago mal a nadie.

—Usted, abuela, sí que es la Biblia —dijo el mulato.

En el lenguaje del pueblo, en el habla de aquellas costas, decir que alguien era "la Biblia" era una forma de señalar que se las sabía todas, las buenas y las malas. Nadie sabía de dónde había empezado aquella manera de calificar a los listos, a los sabios, a los astutos e incluso a los pícaros incorregibles.

—¿Quieres entonces ayudarnos?

Evaristo asintió.

El aguacero había mermado y se calculaba que la marea no sería demasiado alta. Frente a esto, Sebastián temió que el agua no alcanzara para hacer flotar al animal. Para colmo, la fatiga, los débiles coletazos, la desesperación, tanta inútil pelea contra sus propias fuerzas, le producían al niño una tristreza infinita.

—¿En qué puedo ayudar?

—Ve a buscar lazos muy fuertes y largos, todos los que puedas —pidió el niño.

No se atrevía a alejarse del cetáceo. Cuando lo hizo, no se separó más de cincuenta metros, cuidándose siempre de no estar más lejos que los curiosos, algunos ya aburridos con el espectáculo. Si algo nuevo

sucedía para satisfacer la curiosidad o las ganas de emoción de aquellos espectadores, tenía que ser un vuelco inesperado en la situación y ese vuelco sólo lo proporcionaría el sacrificio del animal.

—¿Dónde anda mi papá?

—Anda tratando de hacer lo único que puede hacer —fue la respuesta de la negra—. No demora en llegar.

La visión que acababa de pasar por la mente de Eudosia fue la revelación definitiva de algo que podría ser confesado al niño de manera directa: el pesquero japonés no estaba lejos de las costas. La aparición de don Carlos, que llegaba sudoroso a la orilla, le evitó dar la mala noticia al niño.

—Confirmaron la llegada del pesquero —llegó diciendo el padre de Sebastián, sin medir el efecto de su información. Había deseado que fuera de noche, podría dirigirse hacia el faro y desviar la luz hacia otra dirección. El pesquero se confudiría y navegaría hacia el sur, alejándose de Bahía Solano. Pero...

—Si fuera de noche, pero no es —le dijo Eudosia a don Carlos sin que el niño escuchara.

—¡Mire, Eudosia! —gritó Sebastián, señalando hacia la ballena—. Respira con más fuerza.

También su cola se había movido al ritmo del oleaje. Pero lo que para el niño era evidente no lo era para los demás espectadores, que sentían el desfallecimiento del cetáceo en un pantano de lodo y arena.

—No se engañe, niño Sebas —habló Eudosia—. Usted está viendo con el deseo, no con los ojos.

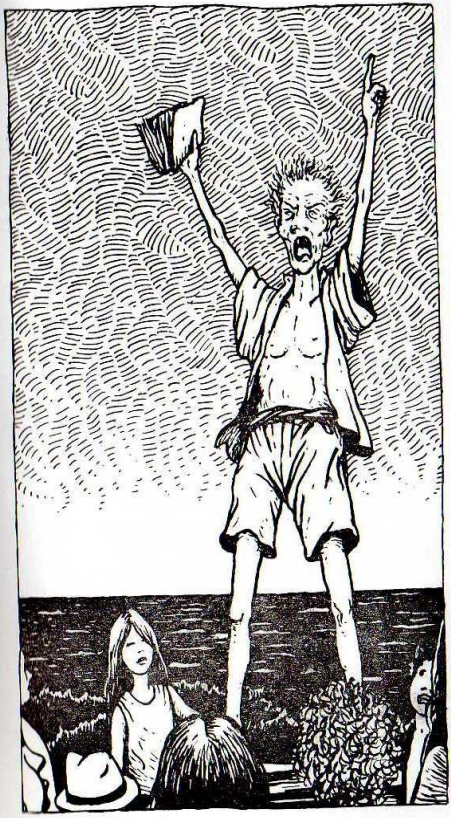
El viejo muro de contención, de unos tres metros de alto, servía de mirador a algunos curiosos. Otros preferían acercarse de perfil a la ballena y contemplarla fugazmente por el costado. Desde esta perspectiva, Sebastián había sentido el movimiento ilusorio de la bestia. Ver con el deseo —se repitió. Y se dirigió a

pasos lentos hacia el muro. No bastaba servirse de troncos o de las canoas dejadas en la orilla para asomarse y enfrentarse a la trompa del mamífero. Se necesitaba servirse de cajas u otros objetos voluminosos para subir a la altura deseada y, desde allí, poder contemplar sin obstáculos la presencia de la bestia.

—Voy a ver qué pasa con el bote de Jacinto —vino don Carlos a decir a su hijo—. Y, de paso, a ver qué hace Francisca.

Se veía preocupado. Tal vez no había encontrado la mejor manera de ser útil. O la había encontrado y buscaba estar seguro para no crear expectativas inútiles.

Capítulo tercero



I

Ondina Ortiz, la niña de nueve años a quien todos creían una superdotada, se enteró tarde de la presencia de la ballena en la playa. Su abuelo la tenía entretenida, desde las siete de la mañana, examinando mapas confusos en los que trazaba carreteras y caminos fantásticos. Todos conducían a Bahía Solano. Las líneas se cruzaban, rectas, curvas, elípticas, provenientes de latitudes mucho más fantásticas. Así el abuelo se curaba de la desazón que le producía haber trabajado casi toda la vida en el trazado de una carretera y no haber conseguido que le construyeran más que la mitad de lo proyectado.

Se abrió paso, con su delgada figura, empujando a los curiosos.

—¿Por qué no me llamaron antes? —exclamó.

Educada por el abuelo, a quien todos creían tan loco como inteligente, la niña proclamaba que no había ser viviente que no mereciera seguir viviendo. Humano o animal, merecía un lugar en este mundo. Se enorgullecía de haber salvado a un caballito de mar, devolviéndolo al agua en lugar de haberlo añadido a su colección de conchas marinas. Ahora, al ver a la ballena desde el muro, a donde subió levantada en bra-

zos por un curioso gigantón con fama de bobo, pensó en el caballito de mar salvado hacía apenas tres días.

Corrió de regreso a donde se encontraba Sebastián, a quien había saludado con un rápido arqueo de cejas.

—Dígame pues qué debo hacer —dijo con voz segura y melindrosa.

—Espere —le respondió él—. Voy a ver si me sirve para algo.

Conocía el espíritu voluntarioso de Ondina y supo de inmediato lo que le pediría, pero esperó decírselo para crear una pausa y no verse debilitado ante la niña.

—Vaya y dígale a su abuelo que aliste la lancha con el motor de 75 caballos —le pidió Sebastián al cabo de unos instantes.

—Mi abuelo vendió la lancha y el motor —informó la niña—. Dijo que no quería envenenar más las aguas de la bahía con esas porquerías.

—Espere, entonces —dijo finalmente Sebastián, molesto porque Ondina estaba con las manos en jarra, buscándole la mirada con gesto desafiante—. Espere y estese quieta.

Pero Ondina, que no recibía órdenes de nadie, ni siquiera del abuelo, enemigo de dar órdenes a menos que explicara el sentido de la orden, se separó de Sebastián con aire de no-puedo-contigo.

Eudosia caminaba de un lado a otro de la playa, deteniéndose aquí y allá, torciendo la boca cuando alguien no era de su agrado, averiguando lo que se decía en los corrillos, haciendo mala cara a los turistas que pretendían retratarla. En una playa que de un extremo a otro no pasaba de los quinientos o seiscientos metros mal calculados; en aquella playa que había dejado de ser playa para convertirse en vertedero de desechos, no era difícil ir y venir sin perderse de vista.

No dejaba de estar pendiente del niño. Pero su niño, aunque continuara sintiéndola cerca, ahora sólo tenía ojos para Ondina. Y más cuando ella, avanzando por la orilla y siguiendo el perfil de la ballena, trató de acercarse decidida a uno de los declives o pozos profundos de la orilla. Sebastián corrió a evitarle el peligro y ella, al tenerlo tan cerca, rachazó el brazo que se le ofrecía.

—Ya sé que aquí es profundo —dijo ella.

Y saltó, descalza como había llegado, pasando al trozo de playa siguiente, desde donde podía caminar, con el agua en las rodillas y la falda levantada hasta el muslo, al sitio donde la ballena podría ser observada.

—Respira —gritó Ondina al ver desde más cerca la trompa del cetáceo, sin poder avanzar debido a la existencia de otro declive—. Está más viva que nosotros.

—¡Qué descubrimiento! —exclamó Sebastián para sí.

Le gustaba aquella niña alta y desgarbada pero le molestaban sus caprichos de sabelotodo.

—Voy a ver qué le ocurre a mi abuelo —dijo al pasar casi rozando a Sebastián. Y se alejó de él con caminar coqueto e insolente.

—Es una engreída —dijo Sebastián para que Eudosia lo escuchara.

—Así son las niñas cuando quieren gustar a los niños —se rió la negra.

La llegada de Evaristo interrumpió el hechizo que Ondina había dejado en Sebastián.

—Le conseguí las sogas que me pidió —informó Evaristo—, pero se las entregué a su papá.

—¿Dónde está él?

—Trabajando en la barca de don Jacinto —dijo de prisa y emprendió el regreso.

Las miradas de indiferencia o burla que horas antes se dirigían hacia Sebastián, parecían ser ahora de simpatía. Mujeres y niños que habían perdido el interés por la ballena después de haberla visto de frente y de perfil, decían estar dispuestos a hacer algo para sacarla de su penoso lecho de agonía. Le sonreían al niño, se acercaban a preguntar por lo que estaba haciendo, se mostraban interesados por el destino que finalmente había tomado el pesquero de los japoneses.

Se puede seguir adelante en una idea cuando se está solo pero cuando son otros los que están dispuestos a seguirla, la sensación de soledad es menor. Surge una energía nueva y la debilidad del principio se convierte en fuerza alentadora. Era esto lo que Sebastián deseaba comunicar a Eudosia, pero cuando la buscó no pudo hallarla en ninguno de los corrillos.

Si había desaparecido —se dijo el niño— era porque algo importante debía estar pasando por su mente, algo que no podía comunicar a nadie, ni siquiera a él, a quien transmitía desde la mañana todo cuanto podía darle aliento.

La marea subía. Más de la mitad del cuerpo de la ballena era cubierto por las aguas. No era todavía bastante para permitirle flotar. Por las amplias grietas del muro de contención, se filtraban chorros de las marejadas. Era cada vez más difícil asomarse al muro, pero desde el costado, allí donde la playa se inclinaba y la marea se deslizaba con suavidad, podía ser vista la ballena. A este ángulo se acomodaban Sebastián y las personas que venían a darle ánimos y a ofrecer su concurso. No se movería del sitio. Primero, por el poder hipnótico que despedía la bestia; segundo, por el temor de alejarse y no poder impedir que unos cuantos hombres tomaran otra vez la iniciativa de atacar al cetáceo. Aunque Eudosia los tenía por el momento bajo control, no estaba seguro de los cambios que produciría la llegada de los japoneses. Tampoco conocía el alcance de los "poderes" de la negra ni la fuerza interior de quienes los padecían. Podían salir del hechizo.

Por fortuna, la ballena no estaba ahora amenazada por los hombres sino por la naturaleza. "El peligro de los hombres no ha desaparecido" —escuchó que le decía Eudosia desde lejos.

—Voy a buscar a mi papá —dijo Sebastián a dos mujeres que habían llegado a fortalecerle el ánimo—. No permitan que ninguno de esos malvados se acerque al animal.

—No se preocupe —dijo una.

—Váyase tranquilo —aseguró la otra.

Con esta seguridad, Sebastián se retiró de la playa. Lo hizo a la carrera, como si fuera perseguido.

II

La vieja barca que Pacho Loco, el abuelo de Ondina, había vendido a don Jacinto, se hallaba en la orilla, sobre troncos de madera que servían para hacerla rodar hasta el mar. Se mantenía en perfecto estado. Era una embarcación de casi diez metros, hecha con la madera más fuerte y fina. La había adquirido a precio de ganga don Jacinto y la mantenía fuera de uso como mantenía otras cosas que compraba.

Sebastián encontró a su padre y a Evaristo examinando la barca. Estaba recién calafateada.

—Voy a ver si consigo el motor de 75 caballos —dijo don Carlos.

—¡Pero si es de don Jacinto! —le recordó Sebastián.

Don Carlos sonrió, acarició la cabeza de su hijo y, antes de partir, dijo de una manera reposada:

—Nada es de nadie si sirve a una causa justa.

Al niño le llevó un buen rato comprender el sentido de la frase.

—¿Puedo servir aquí de algo? —preguntó a Evaristo.

—Creo que sirve más estando allá, cerca de esa bendita bestia —dijo—. Se lo comentaré a su papá.

Sebastián pegó una fuerte palmada en un costado del bote y emprendió la carrera por la playa. Sorteó obstáculos, troncos de balsa, latas vacías, cajas de madera arrastradas por las mareas, plásticos inservibles, botellas astilladas, basuras que las aguas sepultaban bajo la arena, desperdicios botados irresponsablemente en la orilla.

Eudosia había regresado. La encontró enfadada, enfrentándose con las manos en la cintura a dos hombres que, con arpones y machetes en mano, trataban de subirse al muro por una improvisada escalera de guadua.

—Si se mueven de donde están, ya verán lo que les sucede —les decía con voz amenazante—. Soy vieja pero no estoy para chanzas.

Masticaba un pucho de tabaco que la obligaba a escupir la oscura saliva por la comisura de los labios.

Al ver a Sebastián, le extendió el brazo y lo llamó a su lado.

—Veo —dijo, sacándose el pucho de la boca y examinando las cenizas—, veo al pesquero de los chinitos acercándose a la costa.

Según sus cálculos, el pesquero japonés entraría a la bahía a eso de las tres y treinta de la tarde.

—Siento también las señales de las ballenas como a cincuenta kilómetros de distancia.

Chupó el tabaco apagado y escupió por un lado de la boca. "Ese bote puede sernos útil, niño Sebas" —pensó. Y escupió de nuevo, guardándose el pucho en el bolsillo de su raído vestido de seda. "Su papá está haciendo lo que debe hacer" —dijo a su niño.

III

Nadie lo esperaba en la orilla. Todo el pueblo sabía que Pacho Loco sufría desde el día anterior los dolores de cabeza de sus excesos. Fiebres y sudores volcánicos lo mantenían amarrado a su catre de madera, en cuya cabecera había escrito otra de sus locuras: NO DESCANSARE EN PAZ: MORIRE DANDO GUERRA.

Nadie lo esperaba y menos aún con esos aires de profeta.

—¡Maldición, maldición! —exclamó a los cuatro vientos.

Las fiebres que no habían doblegado su recio cuerpo de colono antiguo habían calentado su cerebro. Era la imaginación más atrevida y sorprendente de Bahía Solano.

—¡Maldición!¡Maldición!¡Requetemaldición! ¡Carajo!

Ondina, su nieta, lo seguía de cerca.

Cualquiera diría que Pacho Loco traía un libro sagrado en la mano. No se trataba, sin embargo, de la Biblia o de cualquier otra obra sobre el origen del universo y las creencias de los hombres. Exhibía una novela que se había aprendido en sus cincuenta años de lector de fábulas y cuentos que él enredaba mezclando unas tramas con otras. Así hacía sus trampas

literarias. Con narraciones y versos sacados de sus lecturas componía su obra, un montón de manuscritos que leía en voz alta a quien tuviera la paciencia de escucharlo.

El libro exhibido por el viejo no era otro que *Moby Dick*, la terrible y hermosa novela de Melville.

—¡Maldición! ¿Os habéis vuelto locos?

Nadie supo cómo el enfermo que hacía unos minutos deliraba de fiebre había conseguido levantarse de la cama. Con sus pantalones cortos y la camisa desabrochada; los cabellos blancos alborotados y los ojos más abiertos que una fiera acorralada, Pacho Loco continuaba vociferando. Y avanzaba hacia el pequeño grupo formado por los partidarios de atacar al cetáceo. Había adoptado el acento de un predicador encolerizado.

—¿Qué pretendéis, desalmados? Oid esto: *Una marea roja extendida alrededor del animal como riachuelos bajando de la colina.* ¿Sabéis a qué sabe esa marea roja? ¡A sangre!

Todos se preguntaban por el origen de aquellas palabras, que sentían como una herida en el alma.

—¡Ignorantes! ¿No conocéis la espantosa historia del desalmado mister Stubb? ¡Oidla, escuchadla! *Su cuerpo torturado ya no nadaba en el agua salada sino en su sangre, sangre que durante muchas brazas hervía y borbolleaba en la estela de la ballenera.*

Se había empezado a guardar silencio. Hasta aquellos que se mofaban del viejo; incluso aquellos que lo tenían por loco pero admiraban su rapidez de inteligencia y su verbo de culebrero; todos, incluso Eudosia, que lo creía un ser parido por el demonio, todos guardaban silencio.

Sebastián estaba perplejo. Sin embargo, sentía a Pacho Loco como a un aliado de último momento. Si la negra no tuviera el humor de perro que

demostraba cuando se metían con ella, hubiera pensado lo mismo del viejo. En secreto, lo tomaba por un aliado. No por los poderes secretos, que Pacho Loco no tenía, sino por la locura que les atribuían en el pueblo.

Pacho Loco estaba acercándose al muro de contención, justo al frente de la ballena. Ondina le había colocado una caja de madera y, desde allí, el viejo arengaba a los espectadores. Bendijo primero al desgraciado animal mitológico y después impartió la misma bendición a sus "fieles".

—*Y sin cesar, chorro tras chorro, un vapor blanco surgía de los aventadores del animal agonizante, al mismo tiempo que, en incesantes y vehementes bocanadas, se consumía la pipa del segundo oficial excitado* —leía el viejo Pacho.

Se diría que se sabía de memoria aquel libro porque apartaba los ojos de la página para dirigirlos alternativamente hacia la ballena o hacia su público. Aquella historia en la que el valor de los hombres consistía en conseguir la muerte de la ballena blanca, se convertía en boca de Pacho Loco en una historia de espanto y miseria, en la fábula de unos asesinos sin misericordia.

—Es el libro del Viejo Testamento.

—Es el del Apocalipsis.

—No, es de una película de terror. Yo vi una igualita en Balboa.

—Son ocurrencias enfermizas de ese viejo loco.

Nadie acertaba a decir que se trataba de una novela, del relato de un viejo marinero.

—*Después de cada golpe, Stubb halaba a bordo su torcida lanza por el cabo a que estaba unida, la enderezaba en algunos rápidos golpes contra la borda y volvía a clavarla inmediatamente en la ballena.*

—¡Virgen santa! —exclamó Ondina—. Hombres sedientos de sangre inocente.

La voz del viejo salía con firmeza de trueno.

—*Stubb hundió en barrena su larga lanza bien afilada en el cuerpo de la ballena y la mantuvo allí, hurgando cuidadosamente, como si buscara algún reloj de oro que el animal se hubiese tragado y temiera romperlo al sacar la lanza.*

La caja destartalada que Ondina había facilitado a su abuelo, empezaba a tambalear. Para evitarle el ridículo, uno de los espectadores arrimó un grueso tronco de madera y Pacho Loco, con toda su dignidad encima, lo hizo servir de púlpito.

Doña Francisca, alertada tal vez por alguien del pueblo, había regresado a la playa. Las intervenciones públicas de Pacho Loco, últimamente tediosas, se convertían en un verdadero espectáculo. Y éste lo era, no con las características cómicas de siempre, sino con la solemnidad trágica de los textos que leía.

—¿Queréis, hijos de fieras enloquecidas, que os siga contando cómo se llega a los infiernos y al mal?

Sus cabellos erizados, pese a la lluvia, parecían moverse al son de sus airadas palabras. La mayoría calló; unos pocos no evitaron la risa.

—¡Escuchad, escuchad, desalmados! —gritó con todos sus pulmones—. *Pero este reloj de oro era la vida secreta del animal. Fue alcanzada, pues salió de su letargo para entrar en aquel estado indescriptible que se llama convulsión. El horrible monstruo se revolcó en su propia sangre y cubrió sus postreros estertores con una bruma impenetrable...*

Cerró el libro ruidosamente y se quedó inmóvil encima del tronco. Ondina, que se había acercado al abuelo, lo tomó de la mano. El viejo, agotado, cerró los ojos.

—Abuelo —dijo la niña—, tiene fiebre y está sudando a mares.

—Sí, hija —aceptó el viejo y, cogido de la mano de su nieta, atravesó el estrecho camino que le abrieron los espectadores. Sólo una vez volvió la vista atrás con la intención de echar una última mirada a la ballena, pero el muro de contención se lo impedía. Cuando estuvo frente a Sebastián, le pasó la mano afiebrada por los cabellos.

—Ahora sí voy a seguir durmiendo mi fiebre —dijo. Y se alejó hacia el pueblo, hacia su disparatada casa de madera y remiendos de hojalata. O hacia su santuario, porque el viejo había decorado las paredes de su vivienda con toda clase de dibujos y frases. La había pintado con sus "locuras" y ocurrencias sobre el origen del universo y de la vida. Oxidados restos de motores, pinturas de una belleza inocente y graciosa, se exhibían en la casa donde vivía con hijas y nietas. La certidumbre de haber engendrado solamente mujeres y que estas mujeres a su vez hubieran parido hembras, lo llenaba de orgullo. No confiaba en los hombres ni en el espíritu que los hombres cultivaban.

El aguacero, que había mermado por momentos, se vino con más furia. Unos pocos espectadores, conmovidos por las palabras del viejo, decidieron retirarse a sus casas. Ya la ballena no era promesa de espectáculo alguno: agonizaría entre curiosos porque también se estaba acabando la pasión de quienes pretendían sacrificarla. Pero aquellos que se retiraron lo hicieron con la visión obsesiva de un inmenso animal varado en la playa.

—No sabía que ese viejo sinvergüenza, ave de mal agüero, tuviera esa clase de poderes —aceptó Eudosia cuando se agotaron los últimos comentarios sobre la arenga de Pacho Loco.

—Es el poder de las palabras justas —añadió doña Francisca. Desde que llegó, no dejaba de preguntarse por el paradero de su marido.

IV

Seguido por un pequeño grupo de voluntarios, Sebastián se dirigía hacia el costado izquierdo del pueblo. Evaristo había venido a decirle que don Carlos lo esperaba, que trajera cuatro o cinco hombres fuertes y de buen corazón. Doña Francisca y Eudosia se quedarían montando guardia con el argumento de que la amenaza de una mujer es más temible que la bravuconería de un hombre. Paradas frente al muro de contención, vigilantes y severas, serían capaces de plantar cara a los pocos que se mantenían en la idea de sacrificar a la ballena.

El agua de la marea subía lentamente y bañaba de manera esperanzadora el cuerpo de la bestia.

Don Carlos se veía radiante. Había conseguido el motor fuera de borda de 75 caballos de fuerza. Contaba con suficientes sogas, capaces de arrastrar a una docena de bestias terrestres. Lo único que le faltaba ya lo estaba haciendo: atornillar a ambos lados del bote las anillas por donde sujetaría los cables. Estaba dedicado a este trabajo cuando constató que eran numerosas las personas que ofrecían su concurso desinteresado en la operación que estaba a punto de empezar. Y agradecía tales muestras de generosidad. Bastaba tomar una firme iniciativa y mostrarse

capaz de actuar con resolución, para que la indiferencia desapareciera en quienes antes no tenían motivos para intervenir.

—Tú, Evaristo, pruébanos lo que sabes hacer —lo acicateó Sebastián.

¿Qué era lo que el fornido mulato sabía hacer como nadie en el pueblo? Enlazar a un toro bravo en plena carrera; hacer girar la soga y lanzarla con tanta precisión que no había cuello de bestia que se le escapara.

—Vamos a ver, niño Sebas, si tengo el pulso como antes —dijo riéndose.

Ya el bote era bajado hasta la orilla, montado sobre tres redondos troncos. Brazos voluntariosos no faltaron y cuando la embarcación estuvo en el agua, en su punto de flotación, don Carlos eligió a los seis hombres que lo acompañarían. Ducho en motores fuera de borda, hizo dos intentos antes de conseguir que la potente máquina prendiera.

Había que trazar un semicírculo una vez se hubiera salido a aguas profundas, virar hacia la derecha y enfilar la proa hacia el lugar donde se encontraba la ballena. Y aunque la marea alta estaba facilitando nuevos movimientos de la fiera, débiles coletazos efímeros, no bastaba para permitirle flotar por encima del lecho que había abierto su cuerpo. A esta conclusión había llegado don Carlos y se lo había explicado a Sebastián.

Como un pequeño capitán, orgulloso de su nave, así se sentía el niño en la proa del bote. La lluvia lo empapaba, pero se trataba de la tibia y gratificante lluvia del trópico.

—Gire ahora a la derecha, don Carlos —gritó uno de los hombres—. La corriente nos llevará fácilmente.

—Pare el motor cuando estemos a unos veinte metros de la aleta caudal de ese monstruo —dijo en tono docto y algo chicanero Evaristo.

—¿Aleta caudal? ¿Qué es eso? —preguntó Sebastián.

—Así se llama la cola de las ballenas —completó don Carlos, gritando desde popa.

Evaristo sostenía en sus manos una soga. Ensayaba, como experto que era, haciéndola girar en círculos por encima de su cabeza, como cuando alguien se dispone a enlazar a un toro en plena carrera. Los músculos del mulato, hinchados como una garganta que grita, llamaban la atención de Sebastián.

El bote navegaba ahora lentamente. Cincuenta, cuarenta, treinta, veinte metros. Desde allí, vista por su parte posterior, la ballena tenía otra dimensión. El lomo se arqueaba y aquella superficie, quieta y brillante, se parecía al lomo de una montaña pétrea y grisácea.

—Acérquese un poquito más, don Carlos —pidió Evaristo.

El lazo lanzado al aire por Evaristo trazó una figura que paralizó la respiración de los presentes. En su trayectoria, que duró apenas unos segundos, parecía agotarse todo el tiempo del mundo. Los ojos que miraban desde el bote y los que miraban desde la orilla, se habían olvidado del cetáceo. Miraban hacia el cielo, seguían la trayectoria de la soga.

Como una amplia argolla que penetra en una figura cilíndrica, así fue el movimiento del lazo al penetrar en la cola del monstruo.

—¡Lo hiciste, Evaristo! —exclamó lleno de júbilo el niño.

Suavemente, casi que con ternura, Evaristo empezó a halar la soga todavía floja que aprisionaba la cola del mamífero. Temía que una inesperada sacu-

dida echara a perder todo su esfuezo. Consiguió ajustarla como deseaba. Si movía la cola, sólo lograría atarse más y más.

—Ahora sí, don Carlos, haga girar el bote en redondo —pidió uno de los tripulantes.

Era Arcadio, el gigantón con fama de bobo que había levantado a Ondina para que se asomara al muro de contención.

Evaristo soltó cuerda suficiente para que la embarcación girara en redondo.

—Dele despacio, don Carlos —pidió Evaristo.

La soga, firmemente amarrada a las argollas laterales del bote, era sostenida por la manos de seis hombres.

El motor aceleró. En el primer arranque, el bote se mantuvo inmóvil en medio de borbotones de agua.

—Acelere, papá —gritó Sebastián con desesperación.

Don Carlos sintió que la cuerda se tensaba. El cetáceo, sin embargo, no se movía del lecho de arena revuelta.

Un oscuro pensamiento, a manera de presagio, pasó por la mente de don Carlos. Calculaba que una ballena, por pequeña que fuera, no podía soportar su propio peso. Sus órganos internos podían aplastarse. Pero creía que debajo del animal había suficiente agua para impedir que esto sucediera. Pensó, también, que por mucha potencia que sacara el motor, sólo conseguiría que el animal se moviera unos centímetros del nido formado por su peso.

De pronto, una sacudida inesperada de la bestia tensó la soga. Tres hombres fueron arrojados al agua.

—Necesitaríamos tres botes y tres motores como éste —dijo don Carlos. Lo dijo con más realismo que desaliento. Cualquier desaliento haría efecto

en las esperanzas de su hijo. Si algo necesitaba el niño era la viva esperanza de lo posible.

La soga se tensó y la barca quedó inmóvil, como si una fuerza salida de las profundidades tratara de llevarla al fondo del océano.

Don Carlos aceleró el motor y la embarcación se inclinó en la popa, provocando borbotones de agua. Sintió esta vez que la ballena cedía. En verdad, se trataba de una ilusión de sus sentidos.

Bajo el tenaz aguacero, la tripulación, de la que Sebastián no era una presencia pasiva sino el ánimo vivo de la voluntad, veía agotada toda esperanza. El niño, sin embargo, no desfallecía. Estaba viendo a otros hombres en la orilla, hombres que sufrían al ver el esfuerzo titánico de quienes luchaban en la barca. Con fuertes sogas en los brazos, montados en tres frágiles canoas, se adentraban un poco en el mar. Después de varios intentos fallidos, conseguían enlazar la cola del cetáceo. Bajaban en la orilla y se movían con las sogas en diagonal, buscando fortalecer el arrastre de la bestia.

—No estamos solos —dijo para sí el niño, pero don Carlos escuchó a su hijo y le produjo una gran tristeza pensar que podía estar equivocado.

Bote y hombres, brazos y motor se encontraron en un solo esfuerzo. Esta vez, el cuerpo de la ballena cedió. El agua la cubría un poco, dejando a la vista su hermoso lomo desnudo. Don Carlos alcanzó a divisar por primera vez el gran orificio de la ventana nasal del monstruo, expuesta en la parte superior de la cabeza.

Sebastián, por su parte, recordaba con horror las palabras leídas por Pacho Loco. Se imaginó la implacable caída del arpón y la sangre manando de un cuerpo que se resistía a morir en un mar enlutado por la agonía. Se llevó las manos al rostro y cerró los ojos.

Los segundos que siguieron, el recuerdo de otra escena, alivió el pesar que sentía.

En efecto, había vivido la escena que se entrometía en sus recuerdos. La había vivido el año anterior, de regreso de la ensenada de Utría. En aquel atardecer de fuego, navegando sobre una superficie de calmadas aguas, se había regocijado viendo el desfile de una manada de delfines. Acompañaban a la lancha. Saltaban y jugueteaban. Podían ser más de doce. Se sumergían y salían a la superficie como si danzaran para sus espectadores. Un muchacho que los acompañaba, sacó del bolsillo de su pantalón una dulzaina y empezó a tocar la más melancólica de las melodías. Los delfines siguieron el ritmo de la melodía con sus movimientos. De un momento a otro, no fueron doce sino incontables ejemplares los que, tomando el rumbo de la lancha, acompañaron el viaje de regreso. Aquel espectáculo de sueño regresaba ahora a la memoria del niño para aliviar el terror que le causaba evocar el relato leído por Pacho Loco.

En la realidad, no obstante, todo sucedía de otra manera. Lo constató Sebastián al abrir los ojos, al regresar brutalmente a la realidad.

La soga había arrancado las argollas. Los brazos de la tripulación no bastaban para aguantar la tensión que se producía entre el arranque del motor y la resistencia pasiva de la ballena. Los hombres que desde la orilla hacían esfuerzos con la soga atada a la cola de la bestia, veían como ésta se desprendía tras un movimiento incomprensible, debido a la flotación de aquella mole sobre las aguas.

Y fue en ese instante cuando una insostenible carga de desaliento cayó sobre el niño. "El hombre puede actuar con toda la fuerza de la voluntad pero le falta el poder para conseguir lo que desea" —pensó don Carlos. Lo acongojaba pensar de esa manera. "No

pierda las esperanzas" —escuchó Sebastián que le decía una voz. Podía reconocer la voz de Eudosia pero no podía saber desde qué lugar llegaba. Parecía una voz filtrada por el viento, la lluvia y el rumor monótono del oleaje.

Recoger la soga, llevar el bote hacia la orilla, mirarse unos a otros fue tan indescriptible que el niño prefirió guardar silencio.

No bastaba la voluntad —pensaba don Carlos. Y contemplaba a su hijo con el rostro tragado por un remolino de confusión. Tal vez fuera éste el comienzo de una lección: se podía perder una esperanza, y era cruel que así fuera en la corta vida de un niño, pero era necesario aprender a alimentar las esperanzas siguientes.

Al bajar apesadumbrado del bote, Sebastián se extrañó al ver un desfile de niños. Iban en fila india, con grandes trapos mojados en las manos. Se dirigían hacia el lugar donde seguía la ballena. Tal vez nadie les había pedido que lo hicieran, pero los niños, al ver que la lluvia disminuía y que el sol se asomaba en el cielo, habían tomado la iniciativa de hacerlo.

V

—¿Qué hacen? —preguntó Sebastián al acercarse corriendo a los niños.

—Llevamos trapos mojados para enfriar el cuerpo de la ballena —dijo una de las niñas.

También Ondina se había sumado al grupo. Al verla, Sebastián pensó que era idea de ella.

—No fue idea mía —respondió ella al ver que Sebastián la miraba con extrañeza. Portaba un trapo húmedo, restos de una sábana remendada.

Los niños entregaban en la orilla su carga en manos de una cadena de brazos que la depositaba en dos canoas. Los tripulantes de las pequeñas embarcaciones se encargaban de cubrir el cuerpo de la ballena. No temían a una repentina sacudida del monstruo. Lo cubrían, desde la cola hasta los costados.

—Si sale el sol —dijo Ondina a Sebastián—, va a necesitar mucha humedad y mucho frío.

La niña miró a Sebastián de manera casi desafiante. Lo miró con la altanera coquetería que ya él conocía en otras ocasiones.

—Fue muy buena idea —dijo Sebastián.

—Las ideas de los niños nunca son malas ideas —dijo con el tono repelente con que expresaba su coquetería. Con el mismo retintín le dijo que la idea era de un desconocido, que el abuelo, Pacho Loco, había

aplaudido la iniciativa cuando el niño fue a buscarlo para pedirle trapos viejos e inservibles.

El viejo navegaba en su propia fiebre. Deliraba. Y en sus delirios, maldecía a aquellos que se atrevían a enfrentar con sus arpones a un animal que había vivido miles y miles de años en las profundidades marinas. Sudaba y deliraba envuelto en sábanas y cobijas que le daban un aire espectral. Esto contaba Ondina a Sebastián, quien no se atrevía a sostenerle la mirada.

Una ballena era un espectáculo extraordinario pero nadie se había imaginado que una ballena vestida con trapos húmedos fuera un espectáculo extraordinariamente divertido.

El sol empezó a asomarse tímidamente en el cielo. Podría ocultarse de un momento a otro o salir otra vez con la quemante plenitud de un horno encendido.

—¿Dónde está Eudosia? —preguntó Sebastián al unirse a la fila de niños. No la había vuelto a ver en la playa.

—No se preocupe por mí, niño Sebas —escuchó Sebastián que le decía desde lejos la voz de la negra.

La comunicación se había restablecido. "Está bien lo que hacen esos niños pero no será suficiente" —le dijo la voz de la mujer a la conciencia de Sebastián.

—¿Saldrá el sol? —preguntó él.

—No saldrá más de lo que debe salir —respondió la voz.

—¿Qué va a pasar? —insistió con desesperación—. Si usted lo sabe, dígamelo.

—No sé lo que va a pasar —oyó decir. Y Sebastián sintió que la comunicación se interrumpía nuevamente en una especie de ronroneo mecánico. Era como si algo o alguien se interpusiera entre la mujer y

el niño. Miró por toda la playa y no encontró a Eudosia. Tal vez estuviera en casa, en su cuarto de loca y bruja. La imaginó rodeada de yerbas a imágenes de santos oscuros.

Separado del grupo, Sebastián sintió la cercanía de Ondina.

—¿Con quién hablaba usted? —le preguntó la niña.

Lo miraba a los ojos, de manera desafiante.

—Sé que hablaba con alguien pero no le voy a repetir la pregunta —añadió—. Cada cual habla con quien le escucha.

Sebastián fingió no prestar atención a la intromisión de Ondina. Y ella entendió que él fingía indiferencia.

—¿Ha oído hablar del bendito pesquero japonés? —cambió él de tema.

—El bendito pesquero japonés —lo imitó ella— está llegando a la bahía. Y eso es lo que nos preocupa.

—¿A quiénes?

—A mi abuelo y a mí —dijo ella con marcado desdén.

—Les preocupa a ustedes, a mí y a todos —añadió Sebastián sin ocultar su molestia.

Estaban un poco separados de los demás, muy cerca uno del otro.

—Cuando se sequen esos trapos habrá que cambiarlos por otros mojados —dijo Ondina con simulada antipatía. No se atrevía a decirle lo que hacía rato pensaba. "¡Qué tonta soy! —quería decirle—. Siempre me estoy peleando con usted".

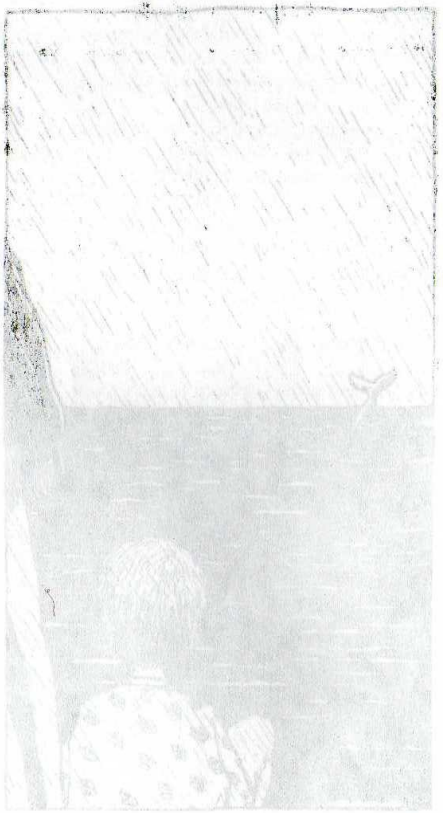
—En vez de estar ahí parado, piense en hacer algo —dijo al fin, contradiciendo sus pensamientos. Y Sebastián aceptó la frase como un reto.

En cosa de instantes, pasó por la cabeza del niño algo parecido a un relámpago enceguecedor. Lo

imaginaba, era cierto, pero tenía la transparencia de algo que estaba ocurriendo. Las aguas de la bahía, antes calmadas, empezaron a revolverse. Era tan rápida la agitación del mar, que Sebastián creyó estar viviendo un terrible espejismo. La marea se enroscaba desde afuera, desde la entrada a la bahía, y en oleajes más altos, se aproximaba a la orilla.

Se quedó inmóvil, como sembrado en la arena. Pero al mirar a su alrededor, listo ya para huir y expresar el pánico que lo embargaba, vio que la conducta de los demás era perfectamente normal. Todo cuanto imaginaba de manera tan fugaz sólo era sentido por él mismo; nadie podía percibirlo como él lo percibía.

Capítulo cuarto



I

Las aguas no estaban revueltas. Lo habían estado en un rapidísimo ejercicio de su imaginación.

Sebastián sintió la presencia de Eudosia a sus espaldas. Y no se dio la vuelta. El calor que ella le transmitía le bastaba para sentirse acompañado.

—Mire hacia allá —le dijo Eudosia en voz baja.

Señaló con el índice hacia la entrada a la bahía.

—Veo un barco —dijo el niño.

—Claro que es un barco —bromeó la negra—. Pero no es un barco cualquiera.

—Es el pesquero de los japoneses —acertó a decir Sebastián.

La marea alta estaba a punto de alcanzar su mayor altura. Y Sebastián, que ya había conocido el espejismo del mar agitado, creyó que lo que estaba mirando era la continuación de una fantasía.

—¿Ve usted lo que estoy viendo? —preguntó Eudosia, señalando hacia la ballena.

Quienes estaban más cerca del cetáceo, protegidos por el muro de contención y el carcomido terraplén de cemento que seguía en línea irregular los contornos de la playa, huyeron despavoridos. Fueron salpicados de agua y arena. La ballena, sorpresivamente,

había dado un coletazo. Trataba de flotar pero era sólo el esfuerzo de unos breves instantes.

Sebastián recordó algo que le había contado su padre: antes de morir, víctimas de los arpones asesinos, las ballenas luchaban con todas sus fuerzas, se despedían de la vida con la admirable dignidad de su poder.

Y aunque no se tratara de arponazos mortales, el niño veía en aquel esfuerzo la lucha de la bestia por su vida.

—No le alcanza el agua —dijo Eudosia con voz desconsolada.

Unos pocos hombres sintieron otra vez la comezón de la codicia. Habían permanecido indiferentes; admiraban incluso el esfuerzo que se hacía para sacar de su lecho arenoso a la ballena; se habían reído al ver a los niños con trapos mojados destinados a aliviar el calor del animal; se habían carcajeado al ver a la ballena cubierta, como si se tratara de un enfermo con fiebres palúdicas. Parecía un espanto, una aparición, una grandiosa mole divertida. Pero ahora, removía en ellos la ambición y la avaricia, porque también ellos se habían enterado de la entrada del pesquero y hacían los mismos cálculos que otros habían hecho en la mañana, cuando descubrieron al animal varado en la playa.

Hablaban entre sí. Se les notaba la inquietud. Los ojos les brillaban como si despidieran llamas infernales. Por esto lo habían decidido: correrían hacia sus ranchos y regresarían con las armas necesarias. Darle el golpe mortal a aquella bestia no sería fácil pero lo harían.

Eudosia adivinó sus pensamientos. Se concentró todo lo que pudo, pero creyó que ya no sería capaz de intervenir. Los poderes que habían enfermado al viejo don Jacinto; que habían trastornado a los hombres que pretendían desde la mañana despiezar a la ballena, ya esos poderes no servían. Le sucedía a menudo. Por ello no se sentía orgullosa de poder alguno. Unos poderes secretos que se agotan son pobres poderes terrenales. Conocía su debilidad como conocía su fuerza. Y ahora sentía la llegada de la debilidad. Alguien o algo le impedía hacer lo que ella deseaba hacer con toda el alma.

—Haga algo —le había pedido Sebastián en tono de súplica.

—No puedo hacer nada, niño Sebas —le había respondido Eudosia con voz de pesadumbre.

Sebastián estaba seguro que los hombres que corrían iban a regresar con las mismas siniestras intenciones.

¡Si volviera a moverse con más furia! ¡Si sacara fuerzas de su propio peso y flotara!

Sebastián se imaginó a la bestia luchando sobre el agua, arrastrándose, despidiendo chorros de agua hacia el cielo que empezaba a despejarse.

II

La gente que se concentraba en la playa, detrás del muro de contención y encima del terraplén, fijó su atención en la entrada del pesquero. Era un verdadero barco de pesca. Todo cuanto se consiguiera en las aguas podía ser procesado por máquinas sin que se perdiera absolutamente nada. Hasta el esqueleto de los peces era convertido en materia vendible. Grandes o pequeños, no importaba el tamaño ni la especie de los peces. La captura era lo importante. Y cuando en las redes se enredaban especies que a nadie interesaba consumir o comprar, tales como delfines o focas, éstas no eran jamás devueltas a las aguas, eran sacrificadas allí mismo.

El pesquero no tardaría en fondear muy cerca de la orilla izquierda de la bahía. Allá la profundidad permitía que un barco de gran calado anclara sin dificultad a sólo diez metros de la playa.

—Volvió a moverse —dijo Eudosia.

Escuchó sus agudos silbidos, sólo ella los escuchó. Parecían venir de las profundidades marinas, de un paisaje rocoso habitado por peces de fábula y algas de colores inclasificables. Parecían venir de lejanías incalculables. Pensó que eran estos silbidos los que producían interferencias en su poder de comunicarse con el pensamiento. Para su conciencia, los silbidos salían del sitio donde se encontraba el indefenso monstruo marino.

—Siento una esperanza en el centro de mi corazón —dijo Eudosia.

Al escucharla, Sebastián admiró la belleza de la frase. Podía ser uno de los versos de la canción que tanto deseaba escribir. "Siento una esperanza en el centro de mi corazón" —repitió.

Al volver la vista hacia la ballena se sintió hipnotizado. Una fuerza, un magnetismo desconocido, se apoderó de él. Primero de su vista, después de todo su cuerpo. Deseó dirigirse, a pasos de sonámbulo, hacia la ballena; estar a escasos centímetros de su cabeza; deseaba concentrar la mirada en aquella lisa superficie brillante. Y mientras se dejaba llevar por la fantasía del deseo, creía que el animal abría las fauces; creía ver grandes barbas oscuras en lugar de dientes. "No está viendo ilusiones sino las barbas de la ballena" —escuchó que le decía Eudosia. Pese a las interferencias, aquella voz era todavía comprensible. "Algunas tienen dientes, otras tienen barbas en lugar de dientes" —continuó informándole la negra.

—Estamos haciendo todo lo posible para salvarte —dijo para sí Sebastián, como si la ballena pudiera escucharlo.

Lo tenía sin cuidado saber que lo estaban escuchando o viendo; no le importaba hacer el ridículo al hablar de lejos a una bestia que no le respondería.

—Estamos tratando de devolverte al lugar de donde vienes —continuó diciendo.

Otra fantasía cruzó por su mente. La ballena movía la boca; las barbas que adornaban su mandíbula superior se movían en una especie de plácida sonrisa. Eran esas las barbas con que el animal engullía el plancton, su alimento.

Una sonrisa. Esto fue lo que percibió Sebastián en la boca de la ballena. No le preocupaba saber que era mirado por los curiosos. La sonrisa de la bestia le hacía olvidar todo lo espantoso que podía estar pasando por la mente de unos pocos hombres sin escrúpulos.

—Venga, niño Sebas —le pidió Eudosia.

No deseaba hacerle caso, al menos ahora, a la mujer que había empezado a respetar como a su propia madre, pero la voz de la negra fue tan severa que todo, de un momento a otro, se desvaneció en la mente del niño.

Algo grave podía suceder. Algo que ni él ni nadie se esperaba debía estar a punto de ocurrir para que Eudosia cambiara la habitual dulzura de sus palabras por la severidad de una orden.

Algo, en efecto, empezaba a suceder. Y quienes seguían en la playa, se quedaron inmóviles y con la expresión del rostro atravesada por el pánico.

—No tenga miedo —pidió Eudosia a Sebastián.

Lo había agarrado de una mano. Con la energía que le transmitía, esperaba tranquilizarlo.

El gran barco pesquero estaba a punto de anclar muy cerca de la orilla. Los marinos se alistaban a bajar el bote de plástico al agua. De pronto, todos vieron el grandioso remolino que se formaba a su alrededor. El barco empezó entonces a girar en redondo. Primero, lentamente; después, en círculos más rápidos. Y como la rotación del pesquero hacía aumentar el oleaje, todos creyeron que se hundiría dentro de unos pocos instantes.

—¿Qué sucede? —preguntó Sebastián a Eudosia.

Pensó que ella debía saberlo. Tal vez fuera obra de ella, de sus "milagros", de sus poderes secretos. Si era así, se había ideado la forma más diver-

tida e impresionante de oponerse a la llegada de los japoneses.

Quienes corrían por la playa hacia el costado izquierdo, se detuvieron bruscamente.

—Francamente, no sé.

También ella se mostraba impresionada por la rotación endemoniada del barco. Segundos después, como si aquello no bastara para añadir sorpresa a las sorpresas, presenciaron algo más asombroso, algo para detener la respiración al más frío de los mortales.

Detrás del barco, cuatro, seis ballenas saltaban sobre la superficie y se sumergían en las aguas. Ocupaban un inmenso espacio, como si buscaran llenar la anchura de la bahía. Y no eran seis: se sumaron cuatro, ocho más, formando un semicírculo perfecto. Y a medida que se sumergían y saltaban, expulsaban chorros de agua que se elevaban armoniosamente hacia el cielo.

El oleaje aumentaba. No se trataba del movimiento de las olas cuando avanzan a reventar en la orilla sino de un oleaje limitado al área que rodeaba al pesquero.

—Nunca vi ni imaginé nada parecido —exclamó Eudosia.

En la orilla, no lejos del muro de contención y el terraplén, unos corrían hacia sus ranchos; otros, más noveleros, salían alertados por los intensos silbidos que llenaban el espacio. Muchos pensaron en la proximidad de un maremoto. Otra vez, Bahía Solano sería un pueblo azotado por la catástrofe.

Aquellos que habían regresado a la playa con la intención de atacar a arponazos a la bestia indefensa, se quedaron paralizados. Tantos inconvenientes, tanta inexplicable resistencia debía ser obra de fuerzas superiores. Con las herramientas en mano, parecían autómatas paralizados, figuras de carne y hueso convertidas en momias vivientes.

Sebastián trató de desprenderse de la mano de Eudosia. No sentía miedo. Sentía una emoción tan nueva que deseaba correr, nadar, bracear hasta estar cerca de aquel espectáculo.

—¡Milagro de Dios u obra del Maligno! —dijo a su lado doña Francisca, su madre. El hijo se había olvidado de ella.

Los niños que volvían con una nueva remesa de sábanas y trapos mojados destinados a cubrir el cuerpo de la ballena varada, no quisieron avanzar más. Por otra parte, los hombres encargados de las canoas y aquellos que antes habían hecho una cadena humana, ya no estaban en su sitio.

Con las telas protectoras sobre los brazos, los niños daban la impresión de estar a la espera, pero, por la actitud, se veía que en cualquier momento emprenderían la carrera hacia el lugar donde se encontraba el pesquero. No sentían pánico. Lo que estaban presenciando era la diversión más grande e inolvidable de sus vidas. Jamás habían pensado que el mar pudiera producir esa clase de olas. Tenía que pasar algo sobrenatural o desencadenarse un fenómeno desconocido, para que ocurriera lo que estaban presenciando. Jamás habían pensado que un grupo de ballenas pudiera moverse con tanta elegancia y armonía. Ni jamás pensaron que la inteligencia de aquellos animales pudiera servir para rodear e inmovilizar a un barco. Porque, pese a la rotación del pesquero, no podía decirse que avanzara. Era un navío inmovilizado por los movimientos caprichosos del oleaje, que se limitaba a cubrir un diámetro superior al ocupado por la embarcación. ¿Por qué no se producía un oleaje parecido más allá del espacio ocupado por el pesquero? Era lo que se preguntaban algunos niños, sin salir de su des-

concierto. Conocían ciertos fenómenos de la naturaleza, sobre todo del mar, a cuyas orillas habían nacido. Podían saber si llovería o si las mareas serían tan altas como para obligar a sus padres a tomar precauciones para evitar ser inundados. La cautela con que se introducían en la selva cercana, la habían aprendido desde muy chicos, como habían aprendido a no temer a los tiburones que se acercaban a la bahía. Pero el fenómeno que estaban viendo no tenía cabida en sus cabezas.

Sebastián desvío la vista hacia la ballena. Poco a poco, el oleaje aumentaba alrededor de su cuerpo. Aunque no diera señales de vida, mejor dicho, aunque aún no se moviera, pensó que las ballenas de la bahía y la pobre bestia encallada, habían empezado a comunicarse por medio de señales acústicas.

—Tiene razón —le dijo la negra en uno de sus mensajes telepáticos.

—¿En qué tengo razón?

—Se comunican entre ellas —explicó—. Siento los silbidos en el oído y el estómago.

No se esperaba que don Jacinto apareciera en la playa. Nadie, excepto Eudosia, reparó en su presencia.

El hombre que en la mañana había sentido toda clase de dolores, estaba también en la playa, presenciando aquel espectáculo sin par. No era posible —se dijo la negra— que hubiera adelgazado tanto y en tan pocas horas. El hombre gordo y avaricioso que todos conocían, parecía ahora un fantasma. Flaco, con la piel pegada a los huesos, no podía ocultar la verdosa palidez de la cara.

—¿De dónde salió usted? —le preguntó con burla la negra.

Don Jacinto no respondió. Vivía presa de un temor superior a cualquier temor sentido alguna vez en su vida. Y Eudosia disfrutaba al saberlo en tal estado de enfermedad, porque un miedo así era peor que todas las enfermedades.

A medida que las olas atacaban los costados del pesquero, se temió que sería tragado por un voraz remolino de agua salada. El mar era dominado por las ballenas. Eran tantas y tan sincronizados sus silbidos, que el ruido empezó a ser ensordecedor. No lo escuchaba solamente Eudosia. Todo el pueblo lo sentía penetrar y extenderse en el aire. Casi no se podía resistir aquel canto misterioso.

—Esto nunca lo volverán a ver mis ojos —dijo a Sebastián la mujer.

Doña Francisca lo había atraído hacia su cintura y la cabeza del niño reposaba debajo del seno. Mantenía, sin embargo, los ojos muy abiertos.

Algo nuevo estaba sucediendo en la bahía. El pesquero había dejado de dar vueltas sobre sí mismo. Con la proa dirigida hacia alta mar, permanecía quieto.

No era solamente la situación del pesquero lo que había cambiado. Decenas de ballenas, sin dejar de sumergirse y levantarse, habían formado dos perfectas hileras. Sebastián se imaginó un camino de honor. Por el amplio espacio abierto por las ballenas, el barco podía salir de la bahía y navegar hacia la mar abierta, única ruta que le trazaban los mamíferos.

—¡Mire, niño Sebas! —exclamó Eudosia. Y Sebastián se liberó del abrazo protector de la madre.

IV

—¡No puede ser! —exclamó Sebastián maravillado.

Su rostro tenía la expresión iluminada de quien acaba de nacer a la belleza del mundo. Porque el mundo, visto con los ojos de la inocencia, tenía esa belleza salida del asombro.

La luz del sol, el arcoiris que se formaba en el horizonte, la niebla que arropaba las montañas vecinas, el azul profundo del mar, el alto oleaje, todo aquello tenía la belleza que el mundo ocultaba cuando era ensombrecido por la acción de los hombres.

Las olas seguían su curso de siempre: ondulaban progresivamente y se acercaban a reventar en la orilla.

Sebastián calculó que la línea de flotación de la ballena varada también había cambiado. El portentoso monstruo de las aguas empezaba a moverse suavemente. De súbito, hizo una violenta sacudida de la cola. Raro que aquella cola fuera una aleta horizontal; raro que no tuviera la forma vertical de la cola de los peces. Aquel mamífero, que alguna vez había vivido en la superficie de la tierra, luchaba sobre la tierra para devolverse al mar.

El siguiente oleaje cubrió el cuerpo de la bestia, reventó contra el muro de contención, sobrepasó

la superficie del terraplén y salpicó copiosamente a los curiosos. Retrocedieron.

Si la llegada de don Jacinto no había causado sorpresa, tampoco la causó el arribo de Pacho Loco. No sorprendió pero si produjo risa.

Montado en una vieja bicicleta, llegó arropado por una manta blanca. Todavía sudaba; todavía eran visibles los tormentos de sus fiebres. Pedaleaba con dificultad sobre la arena.

—¡Maravilla, maravilla de las maravillas! —exclamaba, girando en redondo, a punto de caerse.

Gritaba con su mejor voz de predicador. Pedaleaba de un lugar a otro. Levantaba los brazos. Hacía exagerados gestos de emoción. Y a medida que levantaba los brazos, la cobija o túnica parecía el aleteo de un pajarraco tratando de convertir una oxidada bicicleta en un aeroplano extraterrestre.

—Dibujé en mis mapas la ruta de las ballenas extraviadas —decía—. Tracé en líneas muy claras el camino de regreso a la vida, que es el camino inverso de la muerte.

Muy pocos se mostraban interesados en las sentencias de aquel viejo. Las repetía a diario, alterándolas, añadiendo nuevos significados.

Una nueva embestida de las olas tapó el antes visible lomo de la ballena. Al reventar contra el muro de contención, arroparon el cuerpo fantasmal de Pacho Loco. Cayó enredado en la manta, atrapado de pies y manos debajo de su bicicleta prehistórica.

Si le hubiera sido posible, habría montado sobre el terraplén y pedaleado hacia el mar.

El disparate de película cómica hizo reír a los niños, aunque jamás hubiesen visto una película cómica, ni siquiera en la televisión, cuyas señales llegaban a ratos en forma defectuosa.

—¡Que me muera si lo que estoy viendo no es cierto! —dijo Eudosia a doña Francisca.

La negra conocía el límite de sus poderes. Muchas veces tenía miedo de lo que podía hacer a los demás con la sola voluntad de hacerlo. No creía, sin embargo, que esos poderes fueran sobrenaturales. Había fracasado muchas veces. En Haití, la isla del mar Caribe de donde había llegado *Tante Luise*, su madre, sí sabían lo que era poseer poderes sobrenaturales, buenos y malignos. Le habían contado que los hombres se convertían en animales y recuperaban la forma de hombres cuando lo deseaban. Tenían poderes para sacar el demonio del cuerpo y para introducirlo. Aparecían y desaparecían, como lo hacía ella, sin saberlo.

Pero de todo aquello era bastante poco lo que le quedaba. De su madre había aprendido unas raras palabras en su lengua nativa y las usaba en sus ceremonias secretas. Hoy, pues, no todo lo que deseaba hacer podía hacerlo. Y aunque nadie conocía el secreto de sus acciones milagrosas, ella se sentía aliviada con la pérdida de esos poderes. Esperaba con toda su alma ser la más mortal y común de las mujeres.

—Que me muera si lo que estoy viendo no es cierto —repitió.

El pesquero de los japoneses se dirigía lentamente hacia afuera. Lo hacía por el corredor que le abrían las ballenas. La U trazada por sus elásticos cuerpos podía ser algo más que una U. Era una inmensa herradura. Y quien deseara dibujar aquella herradura, tendría que hacerlo con las líneas que formaban decenas de cetáceos que se sumergían y saltaban en una bahía iluminada por un sol resplandeciente.

Dos espectáculos se ofrecían a los ojos de los curiosos: en la bahía, la lenta navegación del pesquero hacia alta mar; la herradura que se formaba para abrir el camino de honor. En la playa, el cada vez más grandioso reventar de las olas; la silueta por momentos visible de la ballena varada, incapaz todavía de flotar.

Los niños que antes habían arropado con trapos húmedos al cetáceo, estaban asomados al terraplén, agarrados de los brazos en una cadena. Mantenían la distancia necesaria para no ser sorprendidos por las olas. Pensaban que el sol, pleno y quemante, seguía siendo una amenaza para la bestia.

—Se está moviendo —susurró Sebastián.

Se estaba moviendo. Y para Sebastián, la sonrisa persistía, pese a no poder verla desde el sitio donde se hallaba. Nunca sabría que esa especie de ballena era una rareza en estos mares.

Eudosia sintió que los silbidos, antes ensordecedores, eran ahora silbidos de una alegría sin límite, más bajos y melodiosos. Nadie más que ella podía distinguirlos.

Pasarían veinte minutos antes que el pesquero japonés se perdiera de vista en el horizonte. La atención fijada en su salida, se había desviado nuevamente hacia el cetáceo.

V

Ya el pesquero se había perdido de vista. La herradura formada por las ballenas se había disuelto como se deshace la figura dibujada por un cuerpo de bailarinas. Pero a medida que la herradura desaparecía, las ballenas emprendían el regreso hacia el interior de la bahía. En tres hileras, regresaban a velocidad increíble. Pero no eran tres hileras corrientes. La manera como se distribuían podía hacer pensar en un juego. Y el juego pensar en el efecto que las ballenas buscaban producir sobre la superficie de las aguas.

Si tres lanchas cruzan el mar a una velocidad incalculable; si esas tres lanchas navegan a prudente distancia una de la otra, el oleaje producido por una se encuentra con el oleaje de la siguiente. En la continuidad del oleaje se produce una cadena formidable y sin fin. Y éste era el efecto buscado por aquel grupo de cetáceos.

A lo lejos, no podía ser más hermoso el espectáculo. Más hermoso y temible. Si la dimensión de las olas aumentara, al reventar en la orilla todo podía quedar cubierto por las aguas: playas, seres humanos, pequeñas embarcaciones.

—Se avecina el castigo esperado —gritaba Pacho Loco.

Continuaba enredado en sábana y bicicleta. Profeta antiguo o fantasma, tal era la apariencia del viejo. Hasta su nieta, Ondina, había dejado de prestarle atención. Lo que presenciaba en la bahía era más emocionante que las palabras del viejo. Algunos curiosos, al ver el encadenamiento del oleaje y su avance armonioso hacia la orilla, corrieron a protegerse en tierra firme, es decir, en la primera línea de casas del poblado. Si la amenaza continuaba, se refugiarían en las montañas cercanas.

—¡No huyan, cobardes! —les gritaba Eudosia, mientras Sebastián, absorbido por la fascinación, no sabía si protegerse o seguir allí, de pie, detrás del terraplén y el muro de contención.

Por fin pudo distinguirse el movimiento de la ballena varada. Era como el despertar de una fiera o como el aleteo de un monstruo legendario que se despereza después de años y años de sueño.

Olas sucesivas cubrían su cuerpo y reventaban contra el muro de cemento. La marea ganaba así un extenso trozo de playa, amenazando con subir más allá del límite alcanzado en las "pujas", más allá del que alcanzara, hacía quince años, con ocasión del maremoto. O temblor de tierra que había provocado el maremoto. Entonces, las aguas llegaron al pie de las viviendas, algunas se vinieron abajo y la topografía de Bahía Solano cambió en pocos minutos lo que no había cambiado en toda su historia. Desde entonces, se temía otro cataclismo natural, como se temía ahora a la acción enfurecida de las aguas.

El siguiente movimiento del cetáceo fue un golpe de su cola contra la superficie del mar. Era como si así midiera la profundidad de la marea que lo bañaba.

Las ballenas que nadaban en la bahía trazando figuras zigzagueantes, se encontraron acompaña-

das por una manada de delfines. Sus saltos se sumaron a la danza. También ellos, cetáceos al fin y al cabo, se sumergían y saltaban con armonía igual a la de las ballenas. Pero a diferencia de éstas, no despedían un chorro de agua por la parte superior de sus cabezas.

—¡Delfines! —exclamaron los niños en coro. Seguían unidos, como en una cadena, protegiéndose entre ellos a unos treinta metros de distancia del límite alcanzado por las mareas altas.

Uno de los pequeños sacó del bolsillo de su remendado pantalón de dril una oxidada dulzaina.

Los marinos de aquellas costas acostumbran silbar cuando se ven acompañados por los delfines. De esta forma, no sólo cuentan con su compañía, sino que disfrutan de sus juegos y malavares. Tal vez por ello el niño que había sacado la dulzaina empezó a tocar una melodía parecida al silbido de un marino. Los demás niños, que ya habían abandonado los trapos húmedos destinados a cubrir el cuerpo de la ballena, lo rodearon en silencio. Con la vista perdida en algún lugar del horizonte, el niño interpretaba las notas de una canción desconocida.

—Bailan —dijo Ondina—. Los delfines parece que bailan al son de la dulzaina.

Una última, altísima marejada, se alzó sobre las anteriores. Y fue este el momento en que la ballena, al sentirse plenamente cubierta, hizo un descomunal esfuerzo para flotar por encima de su lecho de arena.

La marejada había reventado contra el muro, el agua espumosa se había alzado en un estallido líquido nunca antes visto, y el agua pasó a regar la orilla, arrastrando hacia tierra firme troncos, canoas y basuras. Algunos curiosos fueron alcanzados por el oleaje y despedidos al suelo con violencia. Sebastián y Eudosia, doña Francisca y Ondina, habían visto ve-

nir el ancho y alto chorro de agua y habían retrocedido sin pánico.

—Está flotando —dijo Sebastián en el colmo de la dicha. Deseaba acercarse al terraplén y arrojarse al mar.

El giro de la ballena fue suave y lento. La cabeza flotó, todo el cuerpo flotó sobre las aguas, de un instante a otro apaciguadas y mansas.

—Es increíble —exclamó.

Y era ciertamente increíble presenciar el desplazamiento de aquel cuerpo, de al menos veinte toneladas de peso, el parsimonioso desplazamiento de aquella bestia por la superficie del mar.

La profundidad de las aguas era al fin la esperada por el monstruo.

Primero se deslizó por la superficie, dejando su lomo visible. Muy cerca, a la espera, delfines y ballenas que podían sumar veinte o treinta cuerpos, emprendían su rítmico movimiento.

De pronto, nuestra ballena, aquella que había permanecido diez horas en la orilla, empezó a sumergirse, acción que le ocupó pocos segundos.

Don Carlos estaba al lado de su mujer y su hijo. Si no había regresado a la playa —le dijo— era porque le dolía no haber podido hacer nada para salvar a la bestia. La pena que esto le producía lo había obligado a ocuparse de otras cosas, del innecesario cuidado del aserradero, por ejemplo, donde había contado una y otra vez los troncos de madera amontonados para ser convertidos en tablas. Durante todo ese tiempo había deseado que el destino cambiara el rumbo de las cosas, ya que la voluntad de los hombres no bastaba para cambiarlas. Esto decía a su hijo, sin mirarlo, como si hablara para sí mismo.

El sol se ocultó de repente. Al ocultarse entre nubarrones, dio paso al estallido de los truenos y a un

relampagueo que hizo pensar en la llegada del más inclemente de los aguaceros.

El niño de la dulzaina sacaba nuevas notas a su instrumento, notas cambiantes, como aquellas que un tren en marcha despide con la melancolía de los adioses.

Sebastián sintió la emoción de las notas musicales. Tuvo entonces el convencimiento de que esa misma noche volvería a lidiar con la letra de su canción. Ya no sería una canción sobre la mujer que llega a ahogar sus penas en el mar. La historia de la ballena varada se convertiría en el tema de la canción que siempre imaginó grandiosa y tierna.

—¡Qué hermosos! —exclamó al ver la salida de los cetáceos por el centro de la bahía.

Llovía. Y era, ciertamente, la más tenaz y dura de las lluvias.

Desprendiéndose de la manos de doña Francisca, se fue a sentar sobre un grueso tronco húmedo, muy cerca de donde el niño tocaba la dulzaina.

Don Carlos, doña Francisca y Eudosia comprendieron que el niño deseaba estar solo.

—Es curioso lo que me sucede —se dijo—. Deseaba con toda mi alma que la ballena saliera de su entierro en la arena. Ahora que lo ha hecho, siento tristeza porque se ha ido.

—Eso nos pasa a veces —lo consoló Eudosia desde lejos. Había captado los pensamientos del niño.

—Está llorando —le dijo la negra a los padres de Sebastián—. Pero dejémoslo tranquilo.

Doña Francisca vaciló unos segundos pero decidió no seguir los consejos de Eudosia.

El niño sintió una mano sobre su cabeza. Por su peso, por la delicadeza con que enredaba sus cabellos mojados, pensó que podía ser la mano acogedora y acariciante de su madre.

No se volvió. Dejó que la mano se paseara con la ternura de unas caricias que llegan como llega el agua a la boca de un ser sediento.

—Yo también estoy triste —dijo una voz de niña a sus espaldas.

Era Ondina. Había usado un acento de dulzura y no el tono engreído que utilizaba para manifestar su amor por Sebastián. Al saber que era ella, sintió un rubor nuevo en el rostro.

Sebastián levantó la mirada hacia el horizonte. Pudo distinguir el elegante salto de una ballena, de una sola. Y pensó que no podía ser otra que la ballena descubierta muy temprano por la mañana en la playa.